

EL PERU Y LA AMAZONIA

LIMA

1961

EL PERU Y LA AMAZONIA

LIMA

1961

El Descubrimiento del Amazonas

Por RAUL PORRAS BARRENECHEA

HISTORIA Y CRONICA

La épica jornada de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, que culminó con el descubrimiento del río Amazonas el 12 de Febrero de 1542, ha sido ampliamente relatado por la crónica, la historia y la leyenda. La minuciosa y a la vez fantástica relación del frayle Carvajal, que fué compañero de aventura de Orellana, ha quedado como el relato clásico de la expedición. Los episodios de ésta viven en la Crónica del Perú de Cieza, en los desordenados apuntes de Oviedo, en los Comentarios Reales del Inca Garcilaso, en la prosa amanerada de Gómara y en las Décadas parsimoniosas de Herrera. Dos eruditos modernos, el español don Marcos Jiménez de la Espada y el chileno don José Toribio Medina, han agotado todos los recursos de la investigación y de la dialéctica histórica para esclarecer la figura del Capitán de la hazaña y el rumbo de su aventura. Jiménez de la Espada no sólo halló documentos inéditos capitales sobre la "traición" de Orellana, sino que recorrió personalmente la ruta de Gonzalo Pizarro y de su levantisco teniente, desde los orígenes del Napo hasta el Atlántico. Su reconstrucción del itinerario de la expedición es la más valiosa contribución a la historia geográfica del descubrimiento, y su argumentación rotunda y apasionada la más severa condenación de la conducta de Orellana. No obstante todo el vigor polémico del erudito español, muchos puntos han quedado sin embargo, en la penumbra de la leyenda y regiones enteras de la desbordante crónica de Carvajal no han podido aún ser ubicadas en la geografía real del continente. Don José Toribio Medina, en vez de tantear en la geografía prefirió escudriñar los rastros biográficos de Orellana y sus compañeros, aportando como siempre curiosos hallazgos y datos inéditos. Pero acaso si aún el enigma de la vida de Orellana, marca-

do por un precoz signo dramático, no se halla todavía decifrado. En la colaboración y rectificación constante, de que se hace la historia, cabe quizás agregar algunos nuevos aportes a la obra de los dos insignies estudiosos.

Cabe también recoger hechos y testimonios aislados y coordinarlos para obtener de ellos una síntesis vital del pasado en la que palpiten problemas del presente e intenciones del porvenir. En el descubrimiento del Amazonas pueden hallarse hondas raíces de nuestro sentimiento geográfico del Perú y la emoción histórica de la nacionalidad. Esto es, plantear la discusión sobre la peruanidad de ese remoto hecho histórico.

LOS INCAS Y LA AMAZONIA

Es indudable que los Incas intentaron conquistar la región amazónica y realizaron incursiones generalmente infructuosas. Puede decirse, siguiendo, en parte los trazos de una clasificación de Víctor Andrés Belaúnde, en una tesis juvenil, que los intentos de penetración de los Incas, a la región de los antis o selva amazónica fueron de tres clases: 1º, expediciones de conquista, con éxito, a las regiones inmediatas del imperio en la zona llamada de la ceja de montaña; 2º, expediciones infructuosas al seno mismo de la selva amazónica; y 3º, emigraciones de caudillos o tribus descontentas que se refugian en la selva y dejan un rastro legendario en la memoria de los habitantes del Imperio.

Cieza de León refiere, con precisión, el caso del caudillo Ancoallo, o Hancohuaullú, jefe de los indómitos Chancas, que después de haber amenazado el Cuzco con su guerrera arrogancia, se retira derrotado por las montañas de Bombón y de Huánuco, hacia Chachapoyas y Moyobamba, y se pierde en la selva inédita y mitológica. No se volvió a tener noticia de Ancoallo y de sus soldados prófugos pero la selva quedó para el Imperio Incaico como una región de rebeldía y de castigo. Los propios Incas del Cuzco vencidos por los españoles, se refugiarán en la selva de Vilcabamba.

No obstante los obstáculos que la naturaleza opuso al avance de los Incas hacia la región de la selva, éstos lograron algunas veces penetrar en el misterio de ésta, aunque no se estable-

cieron en élla, como Túpac Yupanqui y Huayna Cápac cuando entraron al Amarumayu y se confederaron pacíficamente, "sin sujeción ni vasallaje", con los Mojos. Sin embargo, de la ineficacia aparente de la expansión incaica puede afirmarse que ésta fué efectiva en toda la región amazónica. Cuando el cronista Carvajal nos refiere que el Capitán Orellana hablaba a los pueblos de las márgenes del Amazonas en la lengua del Inca y que éstos le entendían, se comprueba la influencia quechuizante del Imperio. Cuando el mismo cronista nos describe al suntuoso señor Aparia, adorador del sol y enjoyado de oro, o al poderoso señor Omagua cuyos súbditos fabricaban vasos vidriados y esmaltados con los más vivos colores y dibujos y que llevaban las orejas horadadas, como los Incas del Cuzco, o cuando recoge de labios de los ribereños del río que, en lo interior de éste, había grandes señores que tenían palacios con planchas de oro, en cuya tierra abundaba la plata y las ovejas o llamas, se siente a través de etodas estas vagas noticias la remota atracción magnética del Cuzco y el deslumbrante poderío de los Incas cuyo resplandor cultural llegó sin duda hasta las últimas tribus amazónicas.

Pero si la Amazonía recibió el influjo incaico, también los Incas tuvieron un concepto cabal de la Amazonía. La ciencia geográfica moderna nos descubre hoy que el caudal de aguas de los afluentes meridionales del Amazonas es mucho mayor que el de los afluentes del Norte. De los tres grandes afluentes meridionales, el Marañón, el Huallaga y el Ucayali, es este último el que tiene origen más lejano y el que puede considerarse por lo tanto, como el verdadero origen del Amazonas. El nacimiento del Ucayali queda, según Garcilaso, a once leguas al poniente del Cuzco. Se explica entonces por qué los Incas llamaron a aquel simple afluente del Ucayali el Apurímac, que quiere decir "el principal" o "el señor de los ríos" o Cápac Mayu, que equivale a "el príncipe de los ríos". El Apurímac era en su concepto el Amazonas y sabían bien la magnitud de éste cuando le dieron tal nombre. Tal es el concepto que recogió Garcilaso, quien llama Apurímac al Amazonas y dice: "Este río Apurímac corre del mediodía al norte más de quinientas leguas que hay por tierra desde su nacimiento hasta la equinoccial. De allí revuelve al oriente y corre casi debajo de la equinoccial otras seiscientas y

cincuenta leguas medidas por derecho hasta que entra en el mar". El Amazonas actual figuraba pues, en la geografía del Perú incaico, con el nombre imperial que le correspondía: El Apurímac, el señor de los ríos.

LAS DOS PRIMERAS "ENTRADAS" AMAZONICAS

La entrada y comunicación natural del Imperio Incaico con la región amazónica había sido al norte por Huánuco, por Chachapoyas y Moyobamba, y al Sur por el Amarumayu. Era natural que por allí comenzase la exploración española de la Amazonía. Y así sucedió. Los historiadores quiteños que reclaman para la ciudad norteña del Perú que era Quito en el siglo XVI, la primacía en el descubrimiento de la gran arteria amazónica, omiten las entradas precursoras de Alonso de Alvarado y de Alonso Mercadillo a Chachapoyas y Moyobamba y a la región de los Chupacos.

Jiménez de la Espada ha declarado con su sólida autoridad geográfica e histórica la ruta de ambas expediciones. Alonso de Alvarado entró por primera vez a Chachapoyas en 1535, con sólo 13 soldados. En 1536 volvió a entrar por Chuquibamba, Bagua y el Uctubamba y fundó la ciudad de San Juan de la Frontera, más tarde Chachapoyas, en el sitio de Levante o Llevantu. Según Jiménez de la Espada, traspuso el alto Marañón a la altura de Tomependa. En su tercera entrada, después de la guerra de las Salinas, en la que Alvarado sirvió al lado de Pizarro, el esforzado buscador de la Amazonía entró con 120 españoles a la región de Moyobamba, y se internó con 660 de sus soldados en la región llamada de los Motilones, que comenzaba en las márgenes del Huallaga. Los relatos del propio Alvarado y del indio intérprete Juan de Alvarado denuncian bien claramente el contacto principal del fundador de Chachapoyas con la Amazonía. Se siente en ella el tránsito de la sierra a la montaña. "Caminando por una tierra fría y áspera anduvieron todo un día sin poder topar cosa ninguna. La noche les fué forzado pasar la ribera de un río en un verde prado, donde venido el día partieron hacia un Río Grande". Enseguida apunta que "les tomó un agua acompañada de truenos y relámpagos", que Alvarado man-

dó hacer balsas para pasar el río y que un cacique les envió "un presente de plumas". La Amazonía asoma por primera vez en la crónica peruana acostumbrada hasta entonces a describir el arenal costeño o la fragosidad de las sierras andinas.

La entrada de Alonso Mercadillo a los Chapucos en 1539, tres años antes del hallazgo de Orellana, tiene el mismo significado precursor. Mercadillo sale de Jauja y entra por Huánuco a la región de los Huancachupacos. Sigue el curso del Huallaga a Río de los Chupacos, por la orilla derecha o por las sierras que separan el Huallaga del Ucayali. Jiménez de la Espada, fundado en el relato de Cieza y en otros documentos, afirma que Mercadillo pasó el Pongo de Aguirre y avanzó por las lomas que median entre el Parapapura y las fuentes del Aipena, hasta alcanzar la provincia de los Maynas, cuya área étnica se extendía en el Marañón desde la boca del Santiago a la del Morona. Un documento trascendental descubierto por el historiador brasileiro Varnhagen y comentado por Jiménez de la Espada revela que 25 hombres de la expedición de Mercadillo, hallándose éste enfermo, se internaron 25 días en una provincia, muy rica de oro y poblada de indios, que se llamaba Machifalo. La provincia de Machifalo más tarde encontrada por Orellana, y descrita por el cronista de su expedición, el padre Carvajal, se hallaba en el curso mismo del río Marañón, entre las desembocaduras del Napo y del Putumayo, más cerca de esta última. La expedición de Alonso de Mercadillo alcanzó pues tres años antes que la de Orellana, partiendo del Perú, las márgenes mismas del Amazonas. Mercadillo fué preso en esos momentos por sus soldados, cogido del ambiente de insubordinación y de tragedia de la selva, que más tarde azotaría las expediciones de Gonzalo Pizarro y de Pedro de Urzúa, y llevado a Chachapoyas.

Después de estos dos ensayos audaces y próximos al éxito definitivo, se abandona la ruta natural y geográfica del Chachapoyas y de Huánuco, que los misioneros del siglo XVIII reanudarían venturosamente para reincorporar al Perú lo que geográficamente era suyo. Gonzalo Pizarro partiría del Cuzco para buscar la tierra de la Canela y del Dorado y pasaría por Huánuco, sin sospechar que estaba en las fuentes mismas del Amazonas, e iría a buscarlo, dando un inmenso rodeo, por las nacientes del

Napo, en los alrededores de Quito. Alonso de Alvarado y Mercadillo habían abierto antes las entradas a la región amazónica que seguirían más tarde Lope de Aguirre y los Marañones, y que definirían la nacionalidad de la región.

INICIATIVA PERUANA DEL DESCUBRIMIENTO

Sobre el descubrimiento del Amazonas se ha divagado últimamente en el Ecuador y hasta en el Perú, sin pleno conocimiento de las fuentes históricas. Se ha dicho, entre otras cosas, con evidente error geográfico e histórico, que la expedición descubridora de aquel río se organizó en Quito y aún se habla en alguna curiosas convocatorias a certámenes históricos y artículos de ocasión, de las "expediciones ecuatorianas" que descubrieron el Amazonas. Hay en todo ello curioso y pintoresco confusionismo y vale la pena aclararlo.

La primera aclaración que cabe hacer es sobre el concepto mismo del término descubrir. El descubrimiento puede ser casual y momentáneo, pero entonces resulta un hecho fugaz y anecdótico que carece de trascendencia, porque no crea nada estable ni prolonga su virtualidad en la historia. Tal sería el simple hallazgo de la desembocadura del Napo por Orellana o el paso de su fugitiva expedición por las riberas en su mayor parte ignotas y temerosas del Amazonas si éstos primeros pasos no hubieran sido continuados por otros que afianzaron y ampliaron el conocimiento inseguro y vago del encuentro inicial. La esencia del descubrimiento es la estabilidad y la permanencia, que las cosas descubiertas queden definitivamente individualizadas y conocidas de modo que no puedan volver a ser descubiertas. El descubrimiento requiere, pues, continuidad en el esfuerzo y en la posesión. Si después del paso de la expedición de Orellana ninguna otra expedición hubiese surcado las aguas del Amazonas, el recuerdo de aquella hazaña se hubiese borrado de la memoria y habría perdido toda eficacia en la historia. Es por el hecho de haber sido continuado y ensanchado, creando nuevos horizontes humanos, que el hallazgo de Orellana cobra hoy día inmensa significación. Ahora bien, aún probado que la primitiva expedición no saliera del Perú —cuando sabemos que toda Sud-Amé-

rica era Perú en el siglo XVI— lo esencial es que la Amazonía siguió descubriéndose desde el Perú y por el Perú y no en los siglos XVI ó XVII, en que seguía siendo casi totalmente desconocida, sino a fines del siglo XVIII y principalmente en los siglos XIX y XX en que los marinos peruanos —compañeros póstumos de la audacia de Orellana— recorrieron los meandros inéditos de los grandes afluentes amazónicos y trazaron las primeras cartas geográficas de éstos y que los pioneros peruanos abrieron a machete la selva y fundaron las únicas ciudades de la Alta Amazonía que han subsistido y prosperado. En el viejo derecho hispánico de la conquista se concedía la posesión definitiva, no al mero hallador de una tierra sino a aquel más eficaz y constante que la hubiese "conquistado, colonizado y poblado". Descubrir, para el genio creador y misionero de España, era civilizar y poblar. En ese sentido heroico y profundo es en el que se puede afirmar que el descubrimiento del Amazonas es un hecho real y efectivamente peruano.

La segunda aclaración, también de orden general es la de que en 1541 existía ya en el Perú, que es de las cosas más viejas y sustantivas de América, pero el Ecuador, no soñaba en aparecer en los mapas continentales. Francisco Pizarro era "Gobernador del Perú" y la región que es hoy el Ecuador, recién civilizado por Huayna Cápac, era tan sólo una provincia del Perú o tenientazgo de Pizarro, pero en manera alguna una región autónoma. Cieza de León en su Crónica del Perú, dice refiriéndose a Quito que era, por el Norte, en posición geográfica "la primera ciudad del Perú". Los descubrimientos y entradas no podían hacerse pues por orden ni iniciativa del Teniente de Quito, nombrado por Pizarro y dependiente de éste, sino por el propio Gobernador del Perú y en nombre de éste. En 1541 no existían pues ni la Audiencia de Quito, creada en 1553, ni el Ecuador, aparecido en la historia en 1830. Es pues inocuo hablar de "exploraciones ecuatorianas".

Otro error en cual han caído bastante intonsoos, es el creer que la expedición descubridora del Amazonas se organizó en Quito. Afirmarlo es ignorar totalmente el proceso de la conquista y del descubrimiento del Perú. Pizarro había descubierto y conquistado, de 1531 á 1539, desde Coaque, en la Costa del

Pacífico, hasta Charcas. Había dominado la costa y la sierra del Perú. Le faltaba penetrar en la selva amazónica. Para asentar su dominio en élla y reducirlo a la civilización. Pizarro organizó desde el Cuzco, donde se hallaba en 1539, varias expediciones. Era necesario también emplear a los soldados desocupados después de la guerra de las Salinas y prontos a insubordinarse. Por esto Pizarro mandó a Pedro de Candia al Madre de Dios, y a Diego de Rojas al río de la Plata, a Gonzalo Pizarro a la región del Dorado o tierra de la Canela. Todas estas expediciones, como la de Pedro de Valdivia a Chile, se organizaron y equiparon en el Cuzco y partieron de esa ciudad.

Basta leer a Cieza, a Garcilaso, a Zárate, a Herrera para no citar sino a los más solventes, para confirmar este hecho. Cieza lo relata así en la guerra de Chupas (Cap. I).

"Es como Gonzalo Pizarro viese el mandamiento del Marqués y el despacho que le enviaba, con alguna gente se partió por el camino real de la ribera para ir a Quito, con determinación de hacer la entrada en la Canela, de la cual se tenía mucha noticia de que había gran riqueza".

Se vé por esta cita que Gonzalo partió del Cuzco y fué por el camino de la costa a Quito. Nadie niega que se detuviera en esa ciudad o pasara por ella en su viaje al Dorado. Pero no partió de ella. Partió del Cuzco. En Quito hizo solamente una operación que en el lenguaje de la conquista se llamaba "reformular la gente", que equivalía a revisar las armas y caballos, proveerse de víveres, descansar la tropa y aumentar sus contingentes. Eso fué lo que hizo Gonzalo Pizarro en Quito, como hizo Francisco Pizarro en San Miguel de Piura, antes de entrar a Cajamarca, de mayo a setiembre de 1532, y como hizo Almagro en Paria, después de salir del Cuzco para la conquista de Chile. Y a ningún historiador peruano se le ocurrió decir que Pizarro partió de Piura, y no de Panamá, ni ningún chileno ni boliviano sostienen que la expedición de Almagro partió de Paria y no del Cuzco.

El Inca Garcilaso refiere bien claramente las cosas y las cifras que son suficientemente precisas.

Su testimonio es contundente:

"Hizo en el Cuzco más de doscientos soldados, los ciento de a caballo y los demás infantes, gastó con ellos más de sesenta

mil ducados. Fué a Quito quinientas leguas de camino donde estaba Pedro de Puelles por gobernador. Por el camino peleó con los indios que andaban alzados: tuvo batallas ligeras con ellos; pero los de Huánuco le apretaron malamente tanto como dice Agustín de Zárate, libro cuarto, capítulo primero, le envió el Marqués socorro con Francisco de Chávez, Gonzalo Pizarro libre de aquel peligro y de otros no tan grandes llegó a Quito. Mostró a Pedro de Puelles las provisiones del Marqués su hermano, fué obedecido. Y como gobernador de aquel reino aderezó lo necesario para su jornada. Hizo más de otros cien soldados, que todos fueron trescientos y cuarenta, los ciento cincuenta de a caballo y los demás infantes" (Lima III, cap. II).

Las cifras son convincentes. De los 340 soldados que descubren el Napo y el Amazonas, 240 provenían del Perú y el oro de la empresa era el oro del Coricancha.

Igual versión que la Cieza y Garcilaso proporcionan Gómara y Zárate. Por este último se comprueba que Gonzalo salió del Cuzco, siguió por Guamanga y Jauja, llegó a Huánuco desde donde descendió a la costa, para seguir por Lima, Trujillo, San Miguel hacia Quito y la tierra de la Canela. Zárate dice así: "y así se partió para allá Gonzalo Pizarro con mucha gente que para éste descubrimiento llevaba y en el camino le convino pelear con los indios de la provincia de Guanuco que se salieron de guerra y le pusieron en tanto aprieto que fué necesario que el Marqués enviase en su socorro a Francisco de Chávez y así llegó Gonzalo Pizarro a Quito. . .

Habiendo aderezado Gonzalo Pizarro las cosas necesarias para su viaje partió de Quito llevando quinientos españoles bien aderezados. . .".

La afirmación de Zárate se halla comprobada por otros documentos. En una información hecha en 1559 que existe inédita en el Archivo de Indias, el testigo Alonso Díaz Merino que salía con Mercadillo de la entrada de los Chuparos declara que "en aquella sazón venía del Cuzco Gonzalo Pizarro con gente que iba a Quito los indios le cercaron a la gente que llevaba en Guanuco el viejo y el dicho francisco de chavez entendido que lo tenían cercado probeyo a gomez de alvarado con cierta gente para socorre a desercar a dicho Goncalo picarro. . .". En otro

juicio igualmente inédito, existente en el Archivo de Indias, se puede fijar incluso la fecha en que Gonzalo Pizarro estuvo en Huari, viniendo de Huánuco. Gonzalo Pizarro, firma como testigo, en el tambo de Huari, en la toma de posesión del principal Guaman Sulca, del pueblo de Pomacacha, sujeto a Huánuco, el día 2 de agosto de 1540. En el acta de posesión se dice: "Pareció un principal que traxo el señor Goncalo Pizarro que tomo ahora en guanuco que es del dicho pueblo de pomacacha".

La aserción de Zárate resulta así probada documentalmente: Gonzalo pasó por Huánuco, fué cercado por los indios, libertado por Francisco de Chávez y el 2 de agosto se encontraba en Huari, campamento de éste capitán.

Por los libros del Cabildo de Quito, en cuyas actas consta la dependencia absoluta de Quito al Perú, pues hasta el nombramiento de un escribano era hecho por el Gobernador del Perú, aparece que Gonzalo Pizarro llegó a esa ciudad por el mes de noviembre de 1540. El 1º de diciembre presenta las provisiones de su hermano el Gobernador fechadas en Yucay el 30 de noviembre de 1539 y en el Cuzco el 9 de Marzo de 1540, encomendándole en su nombre la gobernación de Quito y todo lo que Benalcázar y otros capitanes "oviesen descubierto y descubrieron" desde aquella región. El 18 de febrero de 1541, Pedro de Puelles presenta ante el Cabildo de Quito una provisión de Gonzalo por la que le nombra su Teniente en la villa de Quito. El 25, la expedición no habría partido, porque el Cabildo dirige un requerimiento al Vicario Fray Gaspar de Carvajal para que deje en la villa un Vicario y no dos, y como se sabe que Carvajal partió con Pizarro, la partida debió ser después. Esta debió realizarse en los últimos días de febrero de 1541, porque consta de las sesiones posteriores: del Cabildo que Gonzalo no se hallaba ya en Quito. De este examen cronológico resulta que Gonzalo sólo estuvo en Quito apenas tres meses, tiempo provisorio, insuficiente para organizar una gran expedición y que lo que hizo en Quito, como hombre de tránsito, fué únicamente "reformular su gente". Quito es una ciudad al paso de la expedición descubridora como Jauja y Huánuco.

Así lo reconoce, con su eminente autoridad histórica, el más versado de los historiadores españoles sobre la conquista de América, el padre Constantino Bayle, cuando al referir la empresa

de Gonzalo Pizarro al Dorado y a la Canela, escribe en su documentado libro *El Dorado Fantasma*: "En Quito no se detuvo sino el tiempo necesario para los preparativos de la gran expedición".

Y es que la cultura no se improvisa ni el destino civilizador de los pueblos. El Perú era por la gravitación histórica de su civilización milenaria y por el genio expansivo de su cultura, el centro indefectible de cualquier gran empresa de civilización. El Perú incaico llevó su lengua, su organización social, los adelantos de su técnica, superior a las de todos sus vecinos, a las más remotas regiones. Civilizó Quito, Charcas y el norte argentino. El Perú hispánico del siglo XVI asumió esa misma tarea coordinadora del espíritu y es acaso por eso, con ese inmanente simbolismo que todos los grandes acontecimientos históricos, que las grandes expediciones del siglo XVI de esta parte del continente —la de Chile, las de Río de la Plata, la del Amazonas—, parten del Cuzco, la más vieja urbe del continente sudamericano.

La Amazonía y la Peruanidad

Por VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

El descubrimiento de la Amazonía puso un sello definitivo a la peruanidad integral, y es, en el panorama esplendoroso de la conquista de América —gloria eterna de la Hispania fecundo— uno de los episodios más hermosos y trascendentales. La epopeya debería continuar en la labor misionera y en la conquista definitiva de la selva por el trabajo y el esfuerzo de la República.

La historia de la Amazonía puede reducirse a tres palabras: heroísmo, fe y trabajo. En todos sus períodos se hallan estos tres elementos. En todo tiempo hubo acciones heroicas, aliento de fe y esfuerzo denodado; pero hay que reconocer que el heroísmo es la nota predominante del descubrimiento y la conquista, la fe es la característica del período misionario; y el trabajo fecundo por la acción decisiva y eficaz del gobierno y la iniciativa de los habitantes de la Amazonía, es la nota del tercer período republicano o independiente. Si el primer período es obra principal de España, el segundo es obra la Iglesia, el tercero es la obra del Perú republicano, en la que afirma su personalidad internacional. Pizarro, continuador de los Incas, traspasa en el norte el límite a que éstos llegaron, cuando sus conmillitones avanzan más allá de Pasto y fundan Popayán y Antioquía o cuando en el Sur, cruzando el Maulle, conquistan el indómito Arauco. Pizarro continúa también a los Incas en sus empresas amazónicas pero los supera definitivamente cuando, bajo la aspiración de alcanzar los términos de su Gobernación, que iba de mar a mar, capitanes dignos de su jefe descubrieron el Marañón y el Huallaga, el Napo y el Propio Amazonas, el Ucayali y los orígenes del Madre de Dios.

Plasmada la imperial organización del Virreynato, sobre la inmensa obra de Pizarro, de nuestro tronco virreynal se desprendieron los primeros gobiernos amazónicos de Quijos, Jaén, Ya-

huarsongo, Maynas, Motilones, Vilcabamba y Chunchos. El mito de las ciudades de arena de oro y de guijarros de diamantes habrá de desvanecerse y la Amazonía deja de ser el teatro de una epopeya de oro y hierro. Más al conquistador había acompañado el misionero y ancho era el campo de la conquista espiritual. La cruz reemplazó a la espada, el ritmo de la vida, obra fatal del tiempo y de la condición humana se amengua en el período que va de fines del siglo XVII a fines del siglo XVIII pero por un milagro del espíritu, este tiempo marca el apogeo de las misiones de los jesuitas que llegaron a fundar ciento setentitrés pueblos en la región amazónica, reduciendo a una vida civilizada y cristiana a la casi totalidad de las tribus primitivas que la habitaban. Al lado de esta obra debemos mencionar la no menos notable de los franciscanos en las orillas de los ríos Huallaga, Ucayali, Mantaro y Urubamba. Injusto e infundado sería el empeño de pretender referir esta obra sobrehumana a determinado distrito o provincia dentro de la organización general de la Compañía de Jesús. La obra de las misiones, en su período definitivo y triunfal se realiza bajo el patronato y la protección del Virreynato del Perú que extiende sus términos a esos territorios hasta el año 1739. Después de esta fecha la obra de los Jesuitas es prácticamente autónoma y la acción del gobierno civil nula. Al lado de la autonomía hay que señalar el carácter ecuménico de la magna empresa, pues si españoles fueron los PP. Acuña, Cuevas, Cruz y Figueroa, a otras nacionalidades pertenecieron los PP. Fritz, Richter y Weigel.

La supresión de la Compañía de Jesús tenía que ser un golpe de muerte para la civilización de la Amazonía. La situación de decadencia subsecuente vino a probarlo, así como demostró, al mismo tiempo, la ineficacia de toda acción gubernativa que no fuera la del Virreynato peruano que había auspiciado y sostenido aquellas empresas durante dos siglos. A comienzos del siglo XIX triunfa la iniciativa genial de Francisco Requena, admirable figura preconular que logra restaurar la Amazonía en su unidad geográfica y política, devolviéndola al virreinato peruano para revivir los días gloriosos de los primitivos gobiernos y el esplendor de la obra misional.

Esta tarea, por designio de la Providencia, no debería realizarse por la España imperial y el Perú virreynaticio; estaba des-

tinada a ser misión de una nueva nacionalidad. Y debía llevarse a cabo por la patria formada en la tierra de los incas solares y de los hidalgos conquistadores con el nuevo aliento de la libertad republicana.

Y así como la primera entrada a la Amazonía se verificó siguiendo la ruta de Cajamarca, Chachapoyas y Moyobamba, la corriente libertadora, bajo la égida de San Martín, tomó la misma histórica trayectoria. Expediciones salidas de Trujillo dieron dos veces libertad a la región de Maynas persiguiendo por el curso del gran río a los soldados españoles, reiterando en gesto simbólico el sello de peruanidad dadas a aquellas regiones por los trabajos de Alvarado, Mercadillo, Orellana, Juan Pérez de Guevara, Diego Palomino y Juan de Salinas Loyola.

Glorioso empeño pero abrumadora responsabilidad representaba para el Perú naciente la herencia y libertad de Maynas. Hay que imaginar el Perú exhausto después de la independencia, teatro de la guerra en que pelearon ejércitos, que juntos llegaban a cincuenta mil hombres, desorganizado el comercio, empobrecida la agricultura, y arruinada la minería, pronta a extenderse la anarquía política y la inquietud de los conflictos internacionales. Podíamos revivir la obra de la España de los conquistadores y los misioneros? La historia nos dá una alentadora y afirmativa respuesta.

El valor síntesis de nuestra patria ha sido el de la unidad nacional. Maravillosa fuerza de cohesión que dominó con los Incas, desiertos y punas y que ha dominado ríos y selvas con los conquistadores, libertadores y pioneros.

El primer acto de la Constituyente de 1822 fué mantener el Obispado de Maynas. La primera administración del Perú, al lado de la autoridad política de Maynas, creó el Gobierno de las Misiones. Los pueblos de Maynas contribuyeron con sus donativos patrióticos al sostenimiento de los ejércitos independientes. Juraron las Bases del 22 y la Constitución del 23 y fueron visitados por las autoridades políticas. Cuando los indómitos jíbaros se sublevaron del 28 al 32, se armaron expediciones desde Moyobamba, desde Borja y desde Andoas, afirmando en esa región nuestra soberanía constituida. El año 32 se une Maynas a Chachapoyas por la creación del departamento de Amazonas, unión que debería realizarse paralelamente en lo eclesiástico

estableciendo una gran unidad en el Nororiente peruano, desde el Maraón central hasta la frontera con el Brasil. Ese mismo año se decreta la creación de un embarcadero en Nauta.

Nos dice un documento español de la época que San Martín al libertar Maynas se propuso comunicarse con Europa a través del Amazonas. Este ideal del padre de la Patria y de su gran ministro Unanue, tenía que marcar el rumbo a la política peruana, y había de realizarlo plenamente otro libertador: Ramón Castilla. El decreta el establecimiento del apostadero naval de Iquitos e inicia las primeras gestiones ante el Brasil para conseguir la navegación del gran río, que había de tener éxito durante el período de su sucesor el General Echenique, bajo la dirección del insigne Bartolomé Herrera. Durante esta misma administración se crea el gobierno político-militar de Loreto.

No bastaba tener la libre navegación de los ríos, consagrada con un tratado internacional. Era indispensable reemplazar la frágil canoa de los primeros conquistadores y misioneros y la improvisada balsa o chata de los industrioses habitantes por embarcaciones a vapor. El ritmo de los remos va a ser sustituido por el impulso de las ruedas de paletas o el giro vertiginoso de las hélices. El Gobierno del Perú lleva a la Amazonía las primeras embarcaciones, el Tirado y el Huallaga, y contrata luego los vapores Morona, Pastaza, Napo y Putumayo, nombres simbólicos de la peruanidad de aquellos ríos. El pabellón peruano flotando al tope de esas naves había de recorrer todas las arterias y todos los afluentes del Amazonas. La civilización y los medios de la cultura moderna llegaron a los diversos puestos militares e industriales que el Perú tenía en la floresta, por aquellos buques que simbolizaban no solamente el progreso sino la efectividad de nuestra soberanía.

La libre comunicación con el Atlántico y la navegación a vapor en la Amazonía, obras en que culmina el esfuerzo civilizador del Perú, deberían cambiar la fisonomía económica de la región, dependiente antes del comercio interno con los departamentos de Cajamarca, Libertad y Huánuco. Rivalizando con los núcleos de población formados en el alto Maraón, el Huallaga y el Ucayali, debería aparecer, cerca de la unión de estos dos ríos y del Napo, como símbolo de la indivisibilidad del distrito

que forman estas tres arterias, la ciudad de Iquitos formada no solamente por los descendientes de los antiguos pueblos misionarios comarcanos, sino principalmente por los borjeños emigrados de la antigua capital San Francisco de Borja, nombrada así en honor del Virrey del Perú, el Príncipe de Esquilache, pariente del insigne General de los Jesuitas, San Francisco de Borja. Iquitos heredaba dentro de la tradición peruana, la antigua capitalidad de Borja; y, por su situación favorable en el centro donde convergen todas las grandes arterias fluviales, debía ser la reina de las selvas, la cabeza de toda la Amazonía la ciudad de los grandes destinos.

Las audaces empresas de Alvarado, Mercadillo, Orellana, Ursúa, Salinas, Vaca de Vega, Martín de la Riva Herrera, van a ser continuadas por los Montesa, los Proaño, los Ruy y Paz Soldán, los Raygada, los Villa, los Payer, los Von Hassel, los Arana, los Rodríguez, los Mavila. Al lado de estos exploradores que representan la acción gubernativa y la técnica moderna, surgirá el pionero que encarna la respuesta del hombre al medio primitivo.

Decía don Joaquín Mosquera a Bolívar el año 1822 que los constituyentes peruanos estaban delirando con las maderas, gomas y riquezas de su tierra de Maynas. La posteridad ha contestado al ilustre diplomático que no fué un delirio el de nuestros constituyentes sino una visión profética. No se encontró en las selvas el oro gualda y brillante de las leyendas, pero sí el oro negro en la savia de los árboles gomeros. Tras aquel fué inútilmente el audaz conquistador, pero el segundo fué encontrado por el cauchero. Brota de la tierra, musculatura de hierro, carácter indomable, sumergido en la ciénaga o rodeado por la maleza, el pecho desnudo y el machete en la mano, encarnando el lema que copió el poeta "o encuentro camino o me lo abro". Duerme bajo las estrellas al pie de los árboles o al vaivén de la canoa. Después de largos días de ayuno en la espesura, se holgará con el yantar sabroso de un tapir o de un paiche o con plátanos silvestres. Tiene su marcha un ritmo dominador; a su paso huyen el jaguar y el puma, lo mira embrujado la serpiente. Sobre los rozos provisorios amenazados por la maleza inminente levanta su frágil tienda; al calor y el humo de las fogatas forma

las oscuras esferas de jebe que serán su fortuna. A Iquitos torna como a la tierra de promisión, provisto de su tesoro que despilfarro generoso, o juega en las noches de fiebre. Vuelve pronto, pobre pero optimista, a repetir en otros ríos o en otros parajes sus hazañas de señor de las selvas.

A la obra de estos admirables pioneros se sumará la acción de los gobiernos, realizando el programa de Castilla. La dictadura patriótica del 66 crea el Departamento Fluvial de Loreto que luego confirma el gobierno fecundo del 68. El año 69 don Melitón Carbajal, que había de ser héroe en el Huáscar, prueba con su audacia la navegabilidad en lanchas a vapor del Pongo de Manseriche. Durante la administración de Pardo se realizan los primeros estudios del Ferrocarril al Maraón, y el Prefecto don Benito Arana recorre el Pastaza. La peruanidad de aquellas regiones continúa afirmándose por los regímenes posteriores.

Cuando llega para el Perú un momento de prueba, Loreto corresponde a lo que el país había hecho por él; y reiterando el patriotismo de que había dado muestras desde la Independencia, envía a través de escabrosos y dilatados caminos dos batallones de voluntarios, formados por su más escogida juventud, que llegaron a Lima cruzando a pie las selvas y trasmontando la cordillera para ofrendar su vida en la defensa de la Patria. Desde Pisagua hasta Huamachuco y desde el Callao hasta Angamos se regó la sangre loreтана. En memoria de los loretanos caídos en la guerra del Pacífico se levantó por suscripción militar un significativo monumento en la Plaza Matriz de Iquitos, monumento que es un símbolo viviente de la peruanidad de la Amazonía. Si los loretanos y los viejos mayneños supieron defender a la patria, naturales, de todas las provincias del Perú contribuyeron a formar las guarniciones militares que mantuvieron la bandera nacional en las lejanas fronteras de Maynas. Figura admirable de ese soldado que, venido de los ardientes valles de la costa o de las punas frías, afronta en el misterio de la selva la inclemencia de otro ambiente y triunfa heroicamente en Agoteros, Torres Causana o La Pedrera. El valor y el denuedo de los jefes, oficiales y soldados de nuestro ejército y de nuestra marina han protegido, defendido y consolidado la obra de los exploradores y de los pioneros y la labor progresista de nuestros gobiernos.

El Perú renaciente debería volver su atención al Maynas legendario. Prefectos preconsulares como Samuel Palacios Mendi-buru o Rafael Quiroz atienden a la difícil administración de esas lejanas tierras. Una veleidad revolucionaria federalista pero respetuosa de la unidad nacional, dió ocasión a que la nave de guerra peruana Constitución fuera enviada desde el Callao a Iquitos, iniciando la comunicación marítima fluvial entre los dos grandes puertos de la República que hoy mantienen en tráfico regular nuestros barcos. La administración de esa época estudia una comunicación más rápida entre Lima e Iquitos por la ruta del Pichis, cuyos trabajos lleva a cabo el ilustre don Joaquín Capelo; y el ingeniero Mesones Muro señala genialmente el camino más directo de la Costa al Marañón.

Marca una fecha importante en la historia del Nor Oriente peruano la administración prefectural del Coronel Pedro Portillo, desde julio de 1901 hasta agosto de 1904. Portillo fué no sólo un progresista administrador y el vigilante celoso de las fronteras sino el explorador infatigable de los ríos, desde el Santiago al Putumayo, desde el Pachitea al alto Furús y al Alto Yurúa. El formó el Atlas del Departamento; monumento geográfico que consultamos todavía y que fué la base de los trabajos posteriores. Portillo es el Requena del siglo XX, por el mismo sentido imperial, la misma audacia, semejante talento ejecutivo e idéntica visión certera sobre los destinos de Maynas. Sencillo, modesto, afable, sobrio en el hablar, rico no obstante de anécdotas y de informaciones preciosas. Conservo emocionado su recuerdo cuando, Senador plebiscitado por el Departamento al que había ofrendado lo mejor de su vida, no desdeñaba visitar el Archivo de Límites para ofrecernos la riqueza de sus conocimientos y el tesoro de su experiencia. Fué para nosotros rumbo cierto y criterio seguro el que aprendimos de sus labios sobre la necesidad de conservar sin interferencias nuestra comunicación hacia Iquitos por el curso del Marañón y sobre el valor de las riquezas auríferas del Santiago y las posibilidades agrícolas y ganaderas del Morona y del Pastaza. Sucedieron a Portillo, Prefectos progresistas como Fuentes Zapata, Alayza Paz Soldán y Mavila.

El año 1907 marca el apogeo de Loreto. La Aduana de Iquitos produjo ese año dos millones quinientos mil soles, lo cual im-

portaba en las finanzas nacionales algo más de la décima parte del presupuesto nacional.

La crisis del caucho inició para Loreto un período de inquietud y de decadencia. Pero de esta prueba salió victoriosa la peruanidad. Los habitantes de Loreto revelaron valor e iniciativa para sustituir la explotación de la goma por otras actividades económicas. Buscaron entonces las maderas preciosas, que antes desdeñaron, la tagua y el barbasco. Surgió en gran escala el comercio de pieles y aparecieron las tentativas de un desarrollo agrícola y la búsqueda del petróleo. El Gobierno central que había borrado en el pliego de ingresos de la república la contribución de Loreto, mantuvo en sus pliegos de egresos las partidas para el pago de sus administradores, de sus maestros, de sus jueces y de sus misioneros, de todos sus servicios de navegación y de fomento. La vida económica de ese Departamento pudo mantenerse a pesar de tantos factores desfavorables. Siguiéron los buques cruzando los ríos y aglomerábase en los muelles de Iquitos el enjambre de lanchas y chatas que constituyen como los tentáculos aprehensores del vasto distrito económico. Se establece la comunicación inalámbrica y luego el servicio aéreo, en que los audaces pilotos peruanos trasmontando la cordillera, desafiando las tempestades, penetrando en las bruma sin posibilidades de aterrizaje, vencen la inmensidad de la selva, y repiten en el aire las hazañas que sus antepasados los conquistadores realizaron en la espesura de la floresta virgen.

Nunca la Amazonía estuvo más cerca del Perú que en estos días de prueba.

Las efímeras primitivas gobernaciones y los pueblos misioneros desaparecidos han sido reemplazados por puestos industriales y militares cuya vida gira alrededor de las poblaciones próximas a la cordillera y de Iquitos, el gran centro Amazónico.

La efectividad de nuestra acción económica tiene la doble garantía de los medios de civilización moderna llevados por el gobierno central y la audacia, iniciativa y constancia de los hijos de aquella tierra.

La obra realizada exigía un coronamiento. Sobre ella pesó la inquietud de los conflictos internacionales por la definición

de la frontera, causando serias y peligrosas complicaciones en la vida nacional. El Perú, que ocupó una posición central por irradiación religiosa, cultural, política y militar en la Colonia, sufrió en contraste la gravitación desfavorable de las pretensiones de los países que la circundaban. Al mismo tiempo que defender partes esenciales de su personalidad en el Sur, debía atender a la conservación de su legado tradicional en el Oriente. El estudio de los técnicos y el instinto certero de las multitudes, ha marcado una saludable firmeza en la defensa de nuestros derechos amazónicos. Y fué claro el mandato de la Nación de mantener nuestros derechos seculares consagrados por la organización colonial y la obra de la Independencia.

La Amazonía ha sido no solamente un elemento esencial del cuerpo sino del espíritu de la peruanidad. La Amazonía representa la gloriosa tradición y al mismo tiempo el glorioso destino del Perú. Al afirmar nuestros derechos en los grandes ríos a donde ha de llegar la población que rebase de nuestra costa y de nuestros valles cordilleranos, aseguramos el futuro del Perú; restauramos la posición singularísima que nuestra Patria tuvo por obra de los Incas, de los Conquistadores y de los Virreyes, salvada a través de las crisis que hemos atravesado en el siglo XIX.

Discurso del Dr. Raúl Porras Barrenechea

(En la inauguración de la Exposición Amazónica en Lima,
el 1º de junio de 1943)

Por decreto de 31 de Mayo de 1941 dispuso el Gobierno actual que el año de 1942 "se dedicara especialmente a la conmemoración del descubrimiento del Amazonas, coronación de la obra descubridora de Pizarro y de la integración de nuestra nacionalidad y a estudiar los esfuerzos colonizadores del Perú desde el siglo XVI hasta el siglo XX que han culminado en la realidad viviente de la Amazonía peruana". Dentro de este Año Amazónico cupo al mismo Gobierno la fortuna de resolver definitivamente el último problema de fronteras que aún gravitaba sobre la región amazónica. Fué dentro de la tónica espiritual de ese momento en el que, como Secretario General del Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas, propuse a éste la iniciativa de una Exposición Amazónica, que diera a conocer al mundo y a los propios peruanos lo que es la región amazónica, y lo que el Perú ha hecho desde hace cuatro siglos por civilizarla y poblarla. Una Exposición es para el hombre moderno una forma de viaje, de aproximación de cosas distantes por la imagen o el libro. Esta Exposición equivale, pues, en cierta manera, a un re-descubrimiento del Amazonas.

La iniciativa de la Exposición contó desde el primer momento con la aprobación y el alto y decidido apoyo del Sr. Presidente de la República y del Ministro de Relaciones Exteriores doctor Solf y Muro, atentos al reclamo de la región amazónica por integrar el panorama espiritual del Perú y al propósito de ampliar y ahondar nuestra actividad cultural, que la Exposición representa. Ese apoyo abierto y constante ha hecho posible, frente a muchos obstáculos, la realización de esta buena obra de cultura y de afirmación patria.

Deber primordial es señalar la tarea directiva que ha cabido al General don Ernesto Montagne, Senador por Loreto, como Presidente del Comité Ejecutivo de la Exposición. El puso al servicio de la obra su espíritu sagaz y realizador, su fé constructiva, su honrosa probidad administrativa y su directa experiencia de la selva, adquirida como militar y como prestigiosa autoridad en Iquitos, demostrando con el entusiasmo de su acción ser un legítimo representante de la región amazónica. Al lado suyo es necesario destacar el aporte técnico e imbuído de modernidad artística del ingeniero don Luis Ortiz de Zavalloz, quien no sólo ha diseñado y ejecutado los Pabellones de la Exposición, sino que ha trabajado activamente en la disposición y arreglo interno de ésta. El señor Adolfo Winternitz, ha prestado el contingente de su buen gusto y amor por lo peruano en la decoración interior de todos los pabellones.

El más interesante y significativo aporte, revelador de la solvencia del arte peruano, es el que han prestado los artistas decoradores y pintores de la Exposición. Sus frescos, sus cuadros y decoraciones murales revelan una lozana inspiración y una técnica audaz y juvenil. La Exposición ha servido durante algún tiempo para la expansión y el utilizamiento de sus facultades artísticas y por que no se les ha podido remunerar en la proporción de sus magníficos trabajos es necesario rendir homenaje público a su desinterés y a su nacionalismo. El Gobierno puede también tener la satisfacción de haber dado ocupación adecuada, quizás por primera vez, a un grupo noble de artistas y a un gran número de obreros y trabajadores de toda índole que ha laborado con sentido nacional en esta obra esencialmente peruana.

Durante el año y medio de trabajo en que la Exposición se ha preparado, este pequeño bosque de San Felipe ha sido como una síntesis de la región amazónica trasladada a Lima. Por él traficaban frailes misioneros del convento de Ocopa y agustinos del Marañón —el buen padre Elorza de santa mansedumbre franciscana, el agustino Villarejo con sus recientes estudios etnográficos sobre las tribus norteñas, el padre Vargas Ugarte con sus crónicas y cartas de misioneros jesuitas—, los ingenieros y constructores de caminos con sus planos y fotografías aéreas, oficia-

les de nuestros institutos armados representantes de una nueva fuerza colonizadora, miembros de la Corporación Peruana del Amazonas, artistas pintores y escultores preocupados del tema amazónico, antiguos exploradores y colonos, shiringueros auténticos y hasta una pequeña jungla con su fauna característica —el jaguar, el oso, los monos y los guacamayos y aún unos añujes que han tenido la fecunda idea de reproducirse dentro del recinto de esta Exposición, contrariando muchas experiencias biológicas, y son los primeros ejemplares selváticos nacidos en Lima.

* * *

El propósito de esta Exposición era arduo, principalmente por tratarse de un empeño inicial, con la dificultad inherente a todas las cosas primeras y por las distintas repercusiones de la crisis actual, en los materiales de construcción y en las vías de transporte, lo que ha dilatado algo nuestro empeño. Otro obstáculo difícil de vencer ha sido el de la falta de estudios monográficos sobre los diversos aspectos de nuestra selva, y aún sobre la geografía y la historia misma de ella que preparasen las síntesis previas y, sobre todo, el carácter evolutivo y trasitorio de la imagen que se trataba de fijar.

La Amazonía es aún una tierra sin geografía y sin historia estables. Es un mundo de constante renovación, donde los ríos cambian todos los días de lecho, la inundación transforma incesantemente el perfil de las tierras y la huella del hombre desaparece ahogada por la maleza con más facilidad que el mar borra las inscripciones de la arena. Tierra insegura en que la etapa del Génesis no ha terminado aún, en que las ciegas fuerzas telúricas no han interrumpido su labor devastadora o erosiva, en que las islas viajan al impulso de la dinámica hidrografía de cielo y tierra y en que todos los seres animados, las palmeras y los musgos, el bejuco y el cedro, las orquídeas o las mariposas luchan, según la frase del brasileiro Raymundo Moraes en su espléndida visión de la Amazonía, "una batalla sorda y dramática para beber la luz o deglutir el aire". Greda viajera, aún no asentada para el hombre ni para la ciencia, humus todavía ca-

liente del soplo creador, en que la tierra misma y el agua son nómades, y vagabundos los hombres y los vegetales. Tierra indecisa y anfibia, mesopotamia inmensa, en que el aluvión o la correntada transforman en mediterráneas las casas o los pueblos ribereños y en la que no hay señales humanas que perduren, ni más brújula para el mar verde que las estrellas. Tierra en marcha, que aún no ha hecho alto para comenzar la historia y cuya edad geológica apenas presumen los hombres de ciencia por la gama de colores de las aguas que transportan los ríos. Tierra sin memoria, donde las tribus cambian de asiento sin nostalgia y reconstruyen todos los días el hogar errante y el pasado muere cada noche sin retorno, porque los hombres esquivan el recuerdo, queman las casas de los muertos y se van a vivir a otra ribera o echan los cadáveres en una canoa estibada hacia el olvido en la corriente sin nombre de los ríos. Tierra sin muertos, donde el hombre, sin sentido agónico de la vida, huye las preocupaciones de ultratumba apresura la muerte del moribundo amortajándolo antes de que expire o apaga los fogones de la casa para que el alma no se detenga padeciendo en la lumbre del hogar. La selva es la región del culto a la vida, en los bosques amnésicos, sin tumbas y sin historia

La Amazonía es también tierra de misterio. La inmensidad de la selva, la exhuberancia de la naturaleza, el vaho vital de la floresta ebria de clorofila, asombran o atemorizan al espíritu del hombre y éste, enredado en las lianas de su propia imaginación hipertensa y febril, se inclina a la superstición y al ensueño. El hombre amazónico o aún el simple viajero o explorador, sentirán el contagio invisible del misterio. Los bosques fueron siempre engendradore de poesía y de fábula. La Amazonía será, a través de toda su historia, una tierra de leyenda creadora de mitos. A esta tendencia no escaparán ni el cashivo antropófago ni el cunivo tranquilo, el jívaro vengativo o el mashco turbulento. El hombre primitivo amazónico, esclavo de la naturaleza, sin Dios ni teogonías, adorará a los poderes visibles de la selva o a sus fuerzas mefíticas: divinizará al río, al puma, a la culebra —madre del agua, yacu-mama— o dará forma demoniaca a la malaria, a la cascada, al remolino y al pongo. La hechicería y la magia reemplazarán a la religión y a la medicina. El propio conquistador cristiano no escapará tampoco a la influencia alu-

cinante de la selva. Pedro de Candia el arcabucero de Flandes e insólito personaje del Tumbes incaico, beberá el filtro de las leyendas selváticas dado por una amante india y partirá obsesionado a buscar en el horizonte verde el reino ilusorio de Ambaya. El mito del Dorado que surgió en Nueva Granada, refluorecerá varias veces en el Perú, en la tierra de la Canela de Gonzalo Pizarro que dió origen al hallazgo del Amazonas, en el Imperio del Paititi, reino de fantasías que buscaron inútilmente los audaces alrededor del Madre de Dios, en la tierra fabulosa de los Escaicingas, en el reino de los Omaguas que despertó la locura aventurera de los marañones de Pedro de Ursúa o en esa fantástica laguna de Parime y ciudad legendaria de Manoa, que Walter Raleigh tuvo la osadía soñadora de ubicar en las cartas geográficas del siglo XVII. La vocación fantástica y mitológica de la selva contagiará la severidad realista de las crónicas y el clérigo Carvajal, el cronista tuerto de la expedición de Orellana afirmaba gravemente que vió —con un solo ojo— ciudades de doscientas leguas y a las propias Amazonas que le rechazaron a flechazos. En el siglo XVII un erudito documentado y fantaseador, Antonio de León Pinelo, tratará de probarnos en dos gruesos infolios y citas de Padres de la Iglesia que el Paraíso Terrenal estuvo en la región amazónica y que la fruta que perdió a Eva no fué el plátano ni los higos, sino la granadilla. En nuestros días, la leyenda dorada o demoníaca, sigue elaborando mitos: la selva amazónica es para unos el Paraíso Verde o el Infierno Verde para otros, The Devil Paradise del Putumayo cauchero con Winchester y fieras humanas o la tierra del árbol que dá oro, que en un tiempo alucinó a los shiringueros del Brasil.

* * *

En el fondo de ese desorden geológico y de esa imprecisión de misterio hay siempre algos cauces profundos por los que se ordenan y alinean las diversas y contrapuestas corrientes y la enrevesada maraña de la selva aprende una lección de geometría. Ese cauce hondo e irrevocable es el de la vinculación histórica y geográfica de la Amazonía con el Perú. Es un mandato que brota de la tierra y de Dios. Los geógrafos modernos han

comprobado que los afluentes meridionales del Amazonas —el Marañón, el Huallaga, el Ucayali, aquellos que parten del Perú— llevan mayor caudal de aguas que los que vienen del norte. El francés Reclus halla que el verdadero formador del Amazonas, por su extensión y caudal es el Ucayali, que nace en el Vilcanota, cerca de la tierra sagrada de los Incas. La opinión del gran geógrafo moderno coincide con la de Garcilaso y con la tradición incaica. Garcilaso llamaba Apurímac o Capac Mayu, al Amazonas —señor o príncipe de los ríos— y decía que nace a once leguas al Poniente del Cuzco. El nacimiento verdadero del Amazonas, ya sea en el Vilcamayo o en el Apurímac, se halla así en la cuna misma de la peruanidad, en el propio corazón del Incario, en los aledaños de la ciudad imperial.

La naturaleza misma, hostil y dura en apariencia, ha abierto las puertas para que circulen las corrientes migratorias de la solidaridad entre las diversas regiones peruanas. Raimondi, siempre perspicaz para observar el cuadro peruano, anotó ya que cada departamento del Perú tiene una puerta propia para llegar a la Amazonía y comunicarse con el Atlántico. Los Andes rompen su inmutable barrera y abren inmensas ventanas para ver los llanos amazónicos y para facilitar el paso de las vías unificadoras. El destino de la Amazonía está así unido al Perú por ley natural y el del Perú completa su ritmo vital y económico con la selva amazónica. "Es ley de las naciones que los pueblos cumplan sus destinos —decía en 1891 Joaquín Capelo, uno de los grandes impulsores viales al Oriente amazónico— y los del Perú no pueden cumplirse sin el dominio de la región amazónica".

* * *

La historia ha confirmado desde los primeros momentos este signo de peruanidad. Los Incas, aunque no dominaron militarmente la región amazónica, penetraron a ella por el Huallaga y el Madre de Dios —el Amaru Mayu de Tupac Yupanqui— y proyectaron su cultura sobre las tribus de los bosques. Huellas de caminos incaicos halló Von Hassel en la región del Madre de Dios, reflejos de la cultura incaica y hasta una influencia lingüística se adivina en las tribus amazónicas descritas por el cronista Carbajal en el viaje de Orellana y en los mitos y en la ce-

rámica de los pobladores del Ucayali, persisten reminiscencias claras del Incario.

El descubrimiento, según ha quedado definitivamente aclarado fué también un hecho peruano. Toda la corriente civilizadora hispánica del siglo XVI partió del Cuzco a Lima. Las "entradas" del siglo XVI a la selva amazónica son de una gallardía única. Los Adelantados españoles —Alfonso de Alvarado, Juan Pérez de Guevara o Juan de Salinas Loyola—, se lanzan a la aventura con unos cuantos soldados, que nunca pasan de cincuenta en las primeras "entradas", atraviesan los ríos, desafían la selva, fundan ciudades y regresan con las ropas destrozadas, melladas las armas, pero el ánimo enhiesto, dispuesto a nuevas osadías. Sus hazañas sólo podrían contarse en el lenguaje de los romances fronterizos. Uno de ellos —Juan Salinas— entra por Jaén, funda cuatro ciudades, atraviesa por primera vez el Pongo de Manseriche, remonta el Huallaga poblado por los Motilonés, se pierde en las marañas de la selva y aparece en el Cuzco, solicitando que le concedan la jornada al Marañón que ya estaba dada a Ursúa. La historia de éste es ya romance puro y novelesco; porque la bella doña Inés de Atienza que le acompaña en la jornada trágica es a su lado como una amazona blanca y fatal, la causa de su melancolía y de su pérdida. Inútiles y sobrecargadas al parecer las entradas hispánicas del siglo XVI, dieron vida a un hecho insólito en la vida de la selva: las ciudades. Chachapoyas, Moyobamba, Jaén, Huánuco, fundadas por los castellanos fueron como nobles estribos de plata para ganar la Amazonía. De ellas partieron los mejores esfuerzos en la lucha secular. Iquitos, y las demás ciudades amazónicas han surgido de aquellas simientes heroicas.

Del Perú partieron también las expediciones militares o mixtas de misioneros y soldados, que el Virrey Príncipe de Esquilache envió en 1616 para descubrir y evangelizar la región de Maynas, entre el Santiago y el Napo. Las misiones jesuitas que iniciaron la obra civilizadora en la selva, dependían de Quito, cuando Quito dependía aún del Perú. El Virrey del Perú enviaba los refuerzos y los abastecimientos para defender las misiones de los indios y de los portugueses y cuando los frailes de la Compañía, descubrieron los afluentes septentrionales del Amazonas y fundaron en ellos pueblos fraternos junto a los Cocamas

y a los Omaguas, el misionero Samuel Fritz, que había forjado el primer mapa del Amazonas, sin más instrumentos que la balsa y las estrellas, llevó aquel mapa en que por primera vez se señalaba el nacimiento del río en la laguna peruana de Lauricocha, al Virrey del Perú, Conde de la Monclova. Iniciadores de la cultura Amazónica, por la fundación de centros poblados como Borja, Jeberos, La Laguna, por la difusión del quechua que ellos enseñaron como lengua general, descubridores de los ríos, ellos trazaron también las primeras cartas directas de la Amazonía y en sus libros, cartas y relaciones misioneras los primeros perfiles etnográficos del hombre amazónico.

El mayor esfuerzo misionero del siglo XVIII y el de más trascendencia peruana fué llevado a cabo por los frailes misioneros del convento de Ocopa, fundado en 1724 por Fray Francisco de San José en las montañas del centro del Perú. Los franciscanos de Ocopa poblaron y civilizaron la región de Chanchamayo y del Gran Pajonal, hurgaron las montañas para hallar los pasos providenciales entre la montaña y la sierra, descubrieron el paso del Padre Abad, hoy tramo esencial de la carretera a Pucallpa, recorrieron el Ucayali y el Huallaga con los padres Sobreviela y Girbal y publicaron los primeros mapas de ellos en el Mercurio Peruano de 1791, navegaron el Urubamba con el padre Bousquet, descubrieron las rutas del Pachitea y del Pichis con el Padre Sala, amigo de Piérola y de Capelo y en su lucha paciente y evangélica con los indios, tuvieron hasta el siglo XVIII, cincuenta y cuatro mártires. Con razón hemos podido grabar en el pórtico de nuestro Pabellón Histórico:

"Ocopa foco permanente de peruanidad y de luz evangélica".

La obra civilizadora y peruanizadora de Ocopa, interrumpida muchas veces por la rebeldía de los indios catequizados, como en el caso de Juan Santos en 1746, se conecta con el lucido plan y la intuición geográfica del Perú del Gobernador de Maynas y Comisario de Límites con el Portugal don Francisco de Requena, gran amigo de los frailes de Ocopa. Requena que escribió descripciones geográficas de Maynas y levantó un mapa de la Amazonía, propuso al Rey la reincorporación de las Misiones de Maynas al Perú que desde 1739 habían sido incorpo-

radas a Nueva Granada. El informe de Requena, basado en un estudio directo de la Amazonía y de la realidad peruana de ésta, determinó la cédula de 15 de julio de 1802, integrando nuevamente Maynas y el Amazonas que lo cruza dentro del Perú.

* * *

En el siglo XIX el Perú continuó en la selva amazónica la gran obra misionera y civilizadora de España. El Alto Amazonas y sus afluentes son recorridos y explorados por peruanos y viajeros ilustres, se reconocen las fuentes del Marañón y del Ucayali, se exploran el Urubamba y el Tambo, se fundan pueblos en el Huallaga. De Chachapoyas, de Huánuco, de Ayacucho, del Cuzco parten expediciones entusiastas destinadas a romper el misterio de la selva, abrir vías de comunicación entre los puntos poblados y las grandes rutas fluviales que conducen al Atlántico y reducir y civilizar a los salvajes. El capítulo más audaz y eficiente de esa primera etapa lo encarnan los exploradores de Chachapoyas y Moyobamba, con su empeño de abrir la trocha valiente que comunique esas ciudades con el Marañón, al Oriente del Pongo. Colaboran en la empresa las autoridades de Loreto, de Chota, de Junín y de Huánuco. Surgen audacias y proyectos individuales. El Obispo de Chachapoyas, Pedro Ruíz, con un ardor de Adelantado, crea la Sociedad de Patriotas del Amazonas, funda seminarios y pueblos, cede sus congruas para los caminos y dirige personalmente la expedición que explora los ríos Cristalino y Nieva, pasa el Pongo temerario y somete temporalmente a Aguarunas y Humbisas. En el Sur, el cuzqueño Palacios y Valdez sale del Cuzco y se pierde por el Urubamba hasta llegar al Atlántico y publicar un relato de su viaje en Río de Janeiro. Samanez Ocampo se arriesga en la tiniebla geográfica del Ene y del Tambo y Faustino Maldonado realiza el viaje de Iquitos al Cuzco, aplaudido por los convencionales liberales de 56 y muere heroicamente en las cachuelas del Madera, después de haber navegado el Madre de Dios y demostrado que era un afluente del Madera y no del Purus. La gran presencia de Raimondi en la Amazonía, sus estudios de la flora y la fauna, de la geografía y de la economía amazónicas, sus observaciones sa-

gaces y llenas de hondo peruanismo, abren un ciclo de interés científico y nacional por el Oriente que culminará en su obra "El Perú" y determinan desde la aparición de sus apuntes sobre Loreto en 1862, una serie de exploraciones oficiales y de marinos, que exploran los afluentes del Ucayali, el Pachitea, el Mayo y el Pichis. La dictadura de Prado del 66 crea la Comisión Hidrográfica del Amazonas dirigida por el Almirante Tucker de la marina de los Estados Unidos, que en unión de los peruanos como Torres y Leoncio Prado, exploran la cuenca del Ucayali, fijan la navegabilidad de los ríos y la posición geográfica de éstos. En el gran empeño nacional colaboran autoridades ilustres, frailes de Ocopa y aventureros audaces. El sabio Manuel Eduardo Rivero, autor de las Memorias Científicas, providencialmente nombrado Prefecto de Junín, funda el fuerte de San Ramón y reconquista el valle de Chanchamayo; el Gobernador de Loreto General Francisco Alvarado Ortiz explora y fija fronteras; el Presidente Benito Arana explora el Ucayali, el Morona y otros ríos con tenacidad ejemplar. Marinos audaces como Sandi y Mariano Vargas recorren el Ucayali y Eduardo Raygada el Napo. En las Comisiones de Límites con el Brasil se destaca la figura de Manuel Rouaud y Paz Soldán, héroe de la Amazonía que pierde una pierna a consecuencia de un flechazo de los mayorunas y con una pierna de goma regresa al Yavarí y muere víctima de las fiebres del río. El Colegio misionero de Ocopa con los frailes Bousquet, Calvo, Bovo de Revello y Mancini sueña con rutas y pueblos nuevos. Exploradores como el Coronel José Manuel Peyreya fundan el pueblo de La Merced y el Coronel Domingo Ayarza juzga a los campos del Perené. El problema de la ruta central que une a Lima con la red amazónica, obsesiona a exploradores y misioneros. Después de la guerra del Pacífico la acción peruana continúa por hombres de temple heroico como el Prefecto Samuel Palacios Mendiburu que reorganiza la administración de Loreto, echa las bases de una administración y explora las cabeceras del Mayo, el Pichis, el Palcazú y el Napo; por ingenieros como Vila, Pérez y Hohagen que realizan estudios científicos, por Capelo que preconiza con ardor fanático la vía del Pichis y por Fray Gabriel Salas, guardián de Ocopa, que guía con sus sandalias incansables a los ingenieros y exploradores del Gran Pajonal y enseña los secretos de los afluentes del Ucayali. El cau-

chero Fitzcarral, descubridor del varadero que lleva su nombre descubre la comunicación entre las hoyas del Madre de Dios y del Ucayali y perece ahogado en el Alto Urubamba cuando iba convirtiéndose en un personaje de leyenda, en los días de auge del caucho. La selva recobra entonces todo su prestigio fantástico. Carlos Fry deslumbra con sus relatos novelescos de aventuras entre los campos. Leopoldo Collazos sale del Ucayali a las cabeceras del Purús y llega a éstas como Almirante de una flota de 400 ó 500 canoas de Piros, Amahuacas y Campas, Caucheros venidos de todos los puntos del mundo luchan por el éxito en el Putumayo, en el Purús, en el Yurúa y el Beni. Entre ellos surgen dominadores, duros y humanos al mismo tiempo como los antiguos conquistadores, Julio C. Arana el cauchero del Norte que funda prósperas colonias en el Igara Paraná y en la Cara Paraná y el español Máximo Rodríguez, que se bate con brasileros y bolivianos en la pugna diaria de la selva, defendiendo al Perú, y funda veinte pueblos entre el Tambopata y el Tahuamanu.

La figura central de la época, en los albores del siglo XX es el prefecto Pedro Portillo. Hombre honesto y enérgico, profundamente religioso, educado en la acción, combatiente juvenil en Tarapacá, compañero de Bolognesi en Arica, montonero con Piérola en la Coalición, Portillo es nombrado por Romaña Prefecto de Ayacucho y luego de Loreto y emprende esas tenaces expediciones suyas por los ríos amazónicos, que recorre en su integridad, en los términos de su jurisdicción, levantando las cartas hidrográficas de ellos, anotando sus condiciones geográficas y económicas y dejando en todos, como símbolo perdurable, la bandera del Perú. El, con su flotilla de guerra —que conducían marinos como Mavila, Buenaño, León, Stiglich—, es el verdadero creador de nuestra soberanía en los más remotos afluentes del Amazonas y un gran peruano de garra y de corazón. Su lema de acción, está no sólo en sus hechos, sino en las palabras sencillas de sus relatos de viaje, el primero de los cuales comienza con esta frase de espartana hombría: "Sin gran versación administrativa, acepté la Prefectura convencido de que todo hombre es capaz de hacer el bien cuando tiene patriotismo y resolución". En ningún caso mejor que en éste cabe el apóstrofe admirativo de Palma para Salaverry: "Dios mío, cómo has roto el molde en que forjaste hombres como éste". La figura crucial

y peruanísima de Portillo, criollo de Huaura, se yergue en la historia política de la Amazonía Peruana con el mismo imperio que la de Raimondi en el campo científico y es en nuestra Exposición donde por primera vez se le rinde puntual homenaje.

Al mismo tiempo que Portillo, la Junta de Vías Fluviales, creada por Romaña y Felipe de Osma, trabaja en estudiar la hoya del Madre de Dios y sus comunicaciones con el Ucayali, con las exploraciones de los ingenieros militares y marinos Torres Balcázar, La Combe, Villalta, Ontaneda, Olivera, Stiglich y el etnógrafo Von Hassel. Es la época de las exploraciones del Padre Ramón Zubieta, que descubre el Paucartambo como afluente del Urubamba, del Padre Calle que muere a manos de los Huambisas, de espíritus tesoneros y audaces, como el de Mesones Muro, el infatigable pionero del abra de Parcuta y domador del Pongo de Manseriche que quiso convertir en un tramo de su ruta inspirada de Eten al Marañón, y de tantos otros pugnaces luchadores como los Habich, los Rivero, los frailes pasionistas del Marañón, los agustinos del Napo y los dominicos del Urubamba y Madre de Dios. Son también esos esforzados ingenieros peruanos que como Federico Basadre rompen las montañas para hacer pasar las vías civilizadoras o como Augusto Tamayo enlazan Iquitos con Lima, por la primera vez con la impalpable red de las antenas o los jóvenes intrépidos que abren las rutas aéreas y naufragan en el mar verde, como Cornejo, Alvarino y tantos otros argonautas del cielo.

Las vicisitudes, las luchas, los arrojos temerarios, los lentos sufrimientos de la selva soportados por los exploradores peruanos del siglo XIX, constituyen una epopeya anónima y una gran lección de energía. Para combatir en la selva era preciso tener alma heroica. Por eso fueron a ella quienes en otras horas de prueba mostraron la energía de sus almas y la gloria quiere que tres héroes representativos de la guerra con Chile, mezclaran sus laureles de exploradores y de defensores de la patria, demostrando que el heroísmo es el mismo bajo cualquier clima: Melitón Carbajal, compañero del Grau en el "Huáscar", pasó intrépidamente el Pongo de Monseriche en 1869, Pedro Portillo, sobreviviente de la inmortal hazaña de Bolognesi en el Morro de Arica, fué el más tenaz explorador y guardián de nuestra soberanía en los ríos amazónicos y Leoncio Prado, compañero de Cáceres en

Huamachuco, arriesgó su juventud gallarda en la selva hostil y promisor. En esa lista heroica e innumerable, ¡cuántos olvidados. Un astillero, un Puerto, un tambo, el nombre de un río recuerdan la fortuna o la tragedia de unos pocos. La geografía se ilumina como una leyenda dorada con los nombres heroicos: ríos Wets y Távara, istmo de Fitzcarral, ciudad de Requena, Puerto Maldonado o Puerto Raimondi! Pero los niños del Perú esperan todavía el relato de estas vidas paralelas.

La indecisión de las viejas demarcaciones coloniales, la riqueza insólita del caucho y también el noble y común afán emulador de ganar esas tierras para la civilización, crean las disputas fraternas de límites entre los países amazónicos. Surge entonces otro lento y esforzado capítulo de la historia amazónica. Es la obra sutil o enérgica de la diplomacia, Javier Prado con su hondo y tolerante sentido de la equidad y su don humano y comprensivo que orienta lúcidamente los arbitrajes de derecho con el Ecuador y Bolivia o Melitón Porras que zanja con firmeza audaz y previsora las rivalidades limítrofes y fija las fronteras definitivas con el Brasil y Bolivia, preparando una Amazonía fraterna. Son los anónimos y abnegados investigadores históricos que se internan en la selva oscura de los archivos y de los viejos papeles y manuscritos coloniales para hallar los títulos que defenderán un río o una ciudad, como Carlos Larrabure y Correa, Carlos Wiese, Luis y Alberto Ulloa, Cisneros, Víctor Andrés Belaúnde o Arturo García. En esa brillante y eficaz generación de diplomáticos y juristas están: José Pardo, que fundamentó los títulos coloniales del Perú en el arbitraje español de 1887. Mariano H. Cornejo, orador y polemista brillante y Felipe de Osma, gran señor de la diplomacia y del derecho, que colaboran juntos en la defensa del Perú en Madrid y obtienen aquella sentencia arbitral de íntegra justicia hispánica que reconoció los títulos jurídicos del Perú y Víctor M. Maúrtua, que inicia su obra docta y clara de internacionalista, defendiendo con lucidez helénica los derechos peruanos en el arbitraje con Bolivia, hasta lograr un gran triunfo jurídico y una solución fraterna. Francisco Tudela que en unión de García y Belaúnde sostiene con clara y serena doctrina nuestros derechos en Washington y Solf y Muro que defiende con su ejemplar austeridad de jurista y con la colaboración democrática de los más doctos estadistas la última contro-

versia amazónica. ¡Defensas brillantes, cuya dialéctica envejecerá pronto, pero en cuyos volúmenes de prueba, está con un hondo sentido del porvenir, toda la historia inhallable de la Amazonía!

* * *

La contienda geográfica y la marcha en sentido contrario de los impulsos colonizadores de los diversos pueblos de la Amazonía producen aquellos álgidos choques de fronteras en que una juventud se bate denodadamente o rinde la vida por defender el suelo histórico. Nombres geográficos oscuros que un día se iluminaron con la emoción unánime de la patria y despertaron el entusiasmo bélico de las muchedumbres y de las banderas —Angoteros, Torres Causana, Manuripe, La Pedrera, Güepí o Zarumilla— nombres que guardamos admirativamente pero que no son ya símbolos de odio sino de mutuo dolor por las vidas quebradas en cualquiera de los campos adversos y de respeto silencioso ante las cruces que marcan todo heroísmo humano.

La lucha porfiada y tenaz por ganar la Amazonía e incorporarla a la civilización es así no la obra circunstancial y efímera de un año, sino que es hazaña secular que se proyecta a lo largo de nuestra historia y es estímulo y aliento constante de peruanidad. La proeza inicial del descubrimiento, el gesto audaz de los Pizarros y Orellanas se repite por los capitanes —de las entradas del siglo XVI, por los misioneros del siglo XVII y XVIII— jesuitas del Marañón, franciscanos de Ocopa— por los pioneros y exploradores peruanos del siglo XIX, los ingenieros o los aviadores de nuestros días. El Perú realiza en la Amazonía una obra ciclópea: el descubrimiento de los ríos alto-amazónicos, el trazo de las primeras carreteras, el reconocimiento de la navegabilidad de los ríos, el establecimiento de los primeros puestos y el estudio de la naturaleza y del hombre, son obra suya. Donde hay en la alta Amazonía una embarcación a vapor, una escuela, un apostadero, un arado, una antena o un mástil, es que el Perú ha llegado con su vieja fuerza civilizadora. De allí provino, más que de las viejas cédulas coloniales, la invisible fuerza de nuestro derecho, que brotaba de la tierra y de los nombres heroicos. Podemos por esto, decir con orgullo, que no obstante to-

das nuestras equivocaciones o desorientaciones nacionales, la única gran obra común que hemos realizado en el Perú sin desfallecimientos ni apostasías ha sido la colonización y la civilización de la región amazónica.

Y el destino que siempre se rinde a los grandes esfuerzos humanos ha querido que fuese a nuestra generación y a vos señor Presidente, a quien tocase como culminación de una gran tarea histórica ganar el galardón de ver definitivamente afirmado en esas regiones el símbolo permanente e irrevocable de la peruanidad. El elogio cabal de vuestro esfuerzo y decisión para obtener el término feliz de nuestra última contienda limítrofe, sonaría ahora a lisonja en labios de quien por haber estado al lado vuestro en aquella dura jornada última, sabe bien que podéis esperar limpia y serenamente el fallo de la historia.

Vuestra obra y vuestra tradición de cultura os llaman o superar la jornada vencida y a hacer del territorio descubierto por los aventureros hispanos, civilizado por los misioneros, colonizado por los exploradores y marinos peruanos y defendido por los soldados y juristas, el gran emporio industrial, la gran despesa de la humanidad que soñaba Humbolt, de la que se extraigan las riquezas que revivan en la realidad los mitos del Dorado y Ofir: el oro negro del caucho, las maderas finas, el palo de sangre y la caoba, el incienso y los bálsamos, la canela y la quina, la vainilla y las almendras, el tabaco y la ayahuasca, el petróleo y el oro, que podrían figurar en la flota de Hiram. La juventud del Perú podrá entonces amar la Amazonía con el amor del misterio de los Incas, con el ánimo de aventura de los castellanos, con la pasión del Perú de nuestros exploradores y con un nuevo sentido humano que transforme el heroísmo de la guerra en el heroísmo redentor del trabajo. Esta Exposición que resume todas las enseñanzas y todos esos anhelos podría transformarse, bajo vuestra égida, en un Museo Amazónico.

* * *

Si la Amazonía está íntimamente ligada al Perú por su geografía y por la historia de los esfuerzos peruanos, su inmenso espacio no ha podido ser explorado y estudiado íntegramente por los peruanos. La desproporción entre el poblador humano y la

extensión territorial, el agobio de las distancias, han hecho surgir la necesidad imperiosa de la solidaridad humana frente a la naturaleza. Otros pueblos y otras razas han enviado generosamente sus exploradores y sus hombres de ciencia para estudiar el territorio y han puesto el hombro para la inmensa tarea civilizadora. Sin contar la obra española de descubridores y misioneros, que se identifica con el esfuerzo peruano, son los franceses, con su amor por las cosas universales los que inician la obra con La Condamine y Godín en el siglo XVIII y luego con viajeros de la prestancia científica de d'Orbigny, y del Conde de Castelnau, que continúan el dibujante Saint Cricq, con sus apuntes de indios, Agassiz con su lección de los peces, Charles Wiener con su viaje pintoresco por el Napo y el Morona, Crevaux, explorador del Putumayo, Santa Ana Neery, Olivier Ordinaire, Marcel Monnier, hasta los modernos General Langlois y Bertrand Flornoy, actualmente en el Alto Marañón, que representan a la más fina cultura del mundo. Los ingleses, grandes viajeros y autores de libros de viajes, aparecen en nuestra época republicana con Lister Mam en 1827, que va por tierra de Lima a Chachapoyas y al Marañón en una jornada increíble, los marinos Smith y Lowe que descienden por el Pachitea al Atlántico, Richard Spruce el mayor explorador de la flota amazónica, Herndon y Gibon que cruzan nuestro territorio en dos grandes parábolas de audacia, Markham que es nuestro por el culto de la historia peruana y que explora el Tambopata, el naturalista Bates, Chandless que explora el Yurúa y el Purús, Orton que descubre depósitos fósiles de origen terciario en Pebas y Woodroffe, quien preside una de nuestras Comisiones de Límites. Los viajeros de los Estados Unidos, que aparecen con los oficiales de marina de 1851 y que son los más numerosos y del más grande interés científico, ponen al servicio del Perú figuras como la del Almirante Tucker, explorador del Ucayali, Hiram Bingham, descubridor de las ruinas de Machu Picchu y del Comandante Grove que abre las rutas aéreas de la montaña. Los pueblos del Centro de Europa están representados por el nombre universal de Humboldt, por el viajero Poepping, el gran explorador suizo Wertheman y el gran etnólogo Tessmann. España nos envía aún en el siglo último exploradores de tanta gallardía como el sabio Jiménez de la Espada y el aviador Francisco Iglesias, y los italianos que aparecen con

Osculati en el Napo, prestan al Perú la gran figura del naturalista Raimondi. No es posible olvidar en esta reseña al Brasil, pueblo cordial que reconoció nuestra personería amazónica en 1851 y en cuya capital se han celebrado tres de nuestros tratados finales de fronteras. Los escritores y sociólogos brasileiros, con Euclýdes da Cunha, el formidable autor de *Os Sertões*, con Alberto Rangel, Raymundo de Moraes, Araujo Lima, y otros, han chondado el estudio de la Amazonía, anticipando observaciones y soluciones que pueden sernos provechosas.

* * *

La lección que se desprende del pasado de la Amazonía es de estímulo y de esperanza. En ella se definen cualidades alentadoras de nuestra estirpe, experiencias educadoras, vínculos de unión y se perfilan claramente las orientaciones de la nacionalidad. Pueblo nuevo en la historia, surgido del brazo fecundo de razas y civilizaciones dispares, orientado hacia el porvenir, nuestro destino es solidario con el destino de la humanidad que lucha con la fuerza inevitable, por el imperio de la civilización fundada en la libertad y en la justicia. Por eso en la batalla milenaria del Perú, desde Tupac Yupanqui a Pizarro o Castilla, para dominar la selva y civilizar al hombre primitivo es fácil decidir por donde fluye la vena de la peruanidad sin desviaciones malsanas ni apócrifas filantropías. Entre los indios rebeldes de Juan Santos, que arrasan y queman las florecientes misiones de Chanchamayo e interrumpen la marcha del Perú hacia la Amazonía por más de un siglo y los frailes de Ocopa que enseñan la religión de Cristo, fundan pueblos y aprenden las lenguas indígenas para servir a la etnografía humana, entre los cashivos que devoran a los marinos peruanos Távara y Wets, y estos héroes juveniles, entre los Shirenerys que asaltan en el Madre de Dios al Prefecto del Cuzco Baltazar La Torre y este heroico explorador, entre los Aguarunas que sacrifican al misionero agustino Calle y este etnólogo ilustre, entre los Huambisos reductores de cabezas humanas que destruyen las ciudades de Borja y Santiago en 1841 e inmolan a la guarnición peruana del Morona en 1913, no cabe dudar de qué lado estaba el sentimiento profundo e infalsificable de nuestra nacionalidad. El día en que el

ingeniero Joaquín Capelo arrancó una tabla del sepulcro de Juan Santos para marcar con ella el hito 83 de su carretera civilizadora dió una profunda lección de historia. Peruanidad no puede ser, dentro y fuera de la Amazonía, sino lucha de civilización contra barbarie por la humanidad, por la cultura y por la cruz.

DOCUMENTOS
Sobre el Perú y la Amazonía

**DECRETO POR EL QUE SE DEDICA EL AÑO DE 1941 A RENDIR
HOMENAJE A LA AMAZONIA PERUANA**

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

CONSIDERANDO:

Que el 26 de junio de 1941 se cumplen cuatro siglos de la muerte del Descubridor del Perú y Fundador de Lima, don Francisco Pizarro;

Que es necesario rememorar los acontecimientos que han dado origen a la nacionalidad y a la civilización cristiana en nuestra Patria, y reanimar, ante las nuevas generaciones, el ejemplo de los héroes que han creado espiritual y materialmente el Perú;

Que Francisco Pizarro no sólo descubrió el territorio y le dió nombre, sino que fundó Lima y las principales ciudades peruanas y trajo al Perú, junto con los adelantos de la cultura occidental, la lengua y la religión que son elementos esenciales de la nacionalidad;

QUE DE LA EMPRESA DE PIZARRO SE DESPRENDIERON LAS EXPEDICIONES QUE DESCUBRIERON QUITO, LA REGION DE BOLIVIA, CHILE, EL RIO DE LA PLATA Y EL AMAZONAS, Y PARTE DEL BRASIL Y LA EXPEDICION DE BENALCAZAR QUE DESCUBRIO EL SUR DE COLOMBIA, AMPLIANDO DESDE EL PERU EL RADIO DE LA CIVILIZACION HISPANICA, COMO ANTES HABIA IRRADIADO DESDE NUESTRO SUELO EL IMPULSO EXPANSIVO DE LA CIVILIZACION DE LOS INCAS;

QUE LA SIGNIFICACION Y LA TRASCENDENCIA DE LA OBRA DE PIZARRO EXCEDEN EL CUADRO PERUANO Y TIENEN UNA IMPORTANCIA INTERNACIONAL QUE DEBE SER RECORDADA COMO UN VINCULO SOLIDARIO ENTRE LOS PAISES DE LA AMERICA DEL SUR;

DECRETA:

1º.—El año de 1941, a partir del día 26 de junio se dedicará en el Perú a recordar la figura histórica de Pizarro. Se invitará a las Universidades e instituciones culturales peruanas y a los intelectuales de España y de los países directa o indirectamente descubiertos por Pizarro, a promover estudios que contribuyan al esclarecimiento de la biografía del Descubridor y de los hechos de la Conquista y que pongan en relieve la obra civilizadora de España;

2º.— El día 26 de junio de 1941 se iniciarán homenajes y actuaciones literarias en los colegios y escuelas dedicados a destacar los hechos culminantes de la vida del Fundador;

3º.—El Ministerio de Relaciones Exteriores organizará en el curso del año 1941, con representación de los descendientes de Pizarro, y de delegaciones de España y de los países directa o indirectamente descubiertos por Pizarro, un homenaje que se realizará en la ciudad de Lima con las solemnidades debidas;

4º.— El Ministerio de Relaciones Exteriores, con la colaboración del Ministerio de Educación Pública, promoverá concursos de carácter histórico, literario y geográfico sobre la obra del Descubridor y sobre las regiones con que integró el territorio del Perú. A estos concursos podrán concurrir todos los escritores de América y de España, señalándose oportunamente las bases y premios de ellos;

5º.—EL AÑO DE 1942 SE DEDICARA ESPECIALMENTE A LA CONMEMORACION DEL DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS, CORONACION DE LA OBRA DESCUBRIDORA DE PIZARRO Y DE INTEGRACION DE NUESTRA NACIONALIDAD Y A ESTUDIAR LOS ESFUERZOS COLONIZADORES DEL PERU DESDE EL SIGLO XVI HASTA EL SIGLO XX, QUE HAN GRABADO EL SELLO DE NUESTRA SOBERANIA EN LA REALIDAD VIVIENTE DE LA AMAZONIA PERUANA.

Dado en la Casa de Gobierno, en Lima, a los treinta y un días del mes de mayo de mil novecientos cuarenta y uno.

MANUEL PRADO

ALFREDO SOLF Y MURO

LA OBRA CIVILIZADORA DEL PERU EN LA AMAZONIA

ACADEMIA PERUANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL
ESPAÑOLA DE LA LENGUA

Sesión Solemne en Homenaje a D. Francisco Pizarro
Conquistador del Perú y Fundador de Lima, en el Cuatricentenario
de su muerte — 26 de junio de 1941.

26 de junio de 1941.

Discurso del Excmo. Sr. Embajador de España

D. Pablo de Churruca y Dotres, Marqués de Aycinena

"

"Y refiriéndome directamente al Perú, permítaseme, señor Presidente, el que recoja y aluda aquí a uno de los conceptos más brillantes contenidos en el Decreto Supremo, documento cuya redacción y espíritu constituye una página, sin duda la primera de la magnífica e inigualable ejecutoria de las glorias históricas del Perú. Es necesario revivir realidades que parecen olvidadas, y entre ellas el rango imperial, la categoría suprema de jurisdicción e impulso moral y material que dió la Madre España al Perú, cabeza del Virreinato que se extendía a todo el Continente Sudamericano. Nada puede, en efecto, halagar más a los corazones peruanos que el recordar aquellos hechos. Y al pronunciar la palabra "imperial", limpio el vocablo de toda sombra de insidia y rebelde a cualquier malaventurada sospecha, usado contra la exacta honestidad con que todos aquí le comprendemos y sentimos, yo no hago otra cosa que glosar el Decreto de Gobierno antes mentado, el cual, en un concepto nuevo, refleja uno de los aspectos más fecundos de la participación del Perú en la conquista y civilización del Nuevo Mundo; aspecto que, si me lo consentís, yo concretaré en esta frase, "Perú Imperial" antítesis de esa otra ya estereotipada, "Perú colonial" que hiere y hace sangrar por igual nuestros corazones con la punzada del equívoco. El Perú no fué nunca una colonia: fué un trozo del cuerpo místico-heróico de España, un trasunto del Imperio Católico Español, cabeza a su vez de un nuevo imperio civilizado

y misionero, fuente abundosa y clara de un imperio, único en el mundo, cimentado en la fe y la hermandad de sangre y espíritu, de raza y lengua, bajo el techo familiar alumbrado por la Cruz del Sur, de la excelsa doctrina del Crucificado.

“¿Qué, si no eso, fueron las expediciones de aquí salidas a escudriñar los misterios del Amazonas y las Selvas del Brasil, el altiplano de Bolivia y las costas de Chile, las pampas del Plata y el sur de Colombia, a que sugestivamente alude ese Decreto? ¿Qué la extensión del Virreynato sobre la inmensa superficie de la Nueva Castilla? Y, si del imperio territorial miramos hacia el del espíritu, ¿no fueron las Misiones aquí incubadas y salidas de aquí las que evangelizaron y civilizaron medio Continente?.

**DECRETO POR EL QUE SE ESTABLECE LA CELEBRACION DEL
CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DEL RIO
AMAZONAS**

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

CONSIDERANDO:

Que por Decreto de 31 de Mayo se ha dedicado el año 1942 a la conmemoración del DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS, llevado a cabo por iniciativa del Gobernador del Perú don Francisco Pizarro, en su expedición comandada por sus Tenientes Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, cuya organización se hizo en el Cusco, con elementos humanos y materiales provenientes del Perú;

Que se ha ordenado por Ley N° 9355 que se celebren festividades y actuaciones con motivo del Cuarto Centenario de dicho Descubrimiento en la ciudad de Iquitos, cerca de la cual se halla el lugar histórico en que los expedicionarios españoles encontraron el curso del Río Amazonas;

Que es necesario disponer lo conveniente para que el propósito de dicha celebración revista la solemnidad que corresponde a un suceso de tan alta trascendencia en la vida histórica del Perú y de América y relieves ante el mundo el inmenso y prolon-

gado esfuerzo realizado por los peruanos, desde el siglo XVI hasta el presente, para descubrir la AMAZONIA, explorarla y poblarla, creando en las márgenes del Marañón y del Alto Amazonas, los únicos centros de civilización que en ellas existen, unidos indisolublemente a la nacionalidad peruana;

DECRETA:

Constitúyese en la capital de la República, bajo la Presidencia del Ministro de Relaciones Exteriores, un Comité encargado de preparar la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento del RIO AMAZONAS cuyos miembros serán designados por el Gobierno, el que trazará el programa de festividades que deberán celebrarse en el Perú y especialmente en la Región de Loreto para solemnizar dicho acontecimiento.

Dado en la Casa de Gobierno, en Lima, a los treinta días del mes de setiembre de 1941.

MANUEL PRADO.

A. SOLF Y MURO.

**PARRAFOS DEL DISCURSO DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA
REPUBLICA PRONUNCIADO EN EL ESTADIO NACIONAL EL
DIA SABADO 16 DE AGOSTO DE 1941**

Compatriotas de toda la República:

Tiene este acto la solemnidad propia de los grandes acontecimientos en la vida de los pueblos, de esos instantes en los que el alma de una Nación se recoge en sí misma, y haciendo alto en su marcha, contempla el panorama de su pasado, de su presente y de su porvenir.

Frente a este altar erigido para celebrar la ceremonia cívica de la exaltación de los más caros y puros sentimientos que informan el espíritu de la nacionalidad, con motivo del triunfo de nuestras armas en defensa de la integridad territorial y de los fueros inmanentes de nuestra soberanía, venimos a posternarnos ante la imagen augusta de la Patria embellecida por los resplandores de la victoria, a dar gracias al Dios de las Naciones que

ha señalado, en sus inescrutables designios, el camino de honor que ella recorre ungida por los atributos del poder, y renovar, en nuestros corazones, el juramento de mantener siempre vivo el fuego sagrado del patriotismo, prontos a todos los sacrificios para defender sus altos y permanentes intereses y para alcanzar su mayor prosperidad y grandeza.

Deseo que la primera expresión de mis sentimientos sea el fervoroso homenaje que rindo, con la más profunda devoción, a los que han caído gloriosamente en la lucha, al lado de nuestra bandera, cumpliendo el juramento que hicieron de defenderla con sus vidas. Son, para siempre, acreedores a la gratitud de la Nación y a la admiración de todos los peruanos. A ellos debe rendirse el máximo homenaje, porque han pasado, a través de la muerte, a formar en las filas de la heroica legión que vela, desde el horizonte de la Historia, por la grandeza espiritual de la Patria.

La Iglesia Peruana, representada por su más alto dignatario, ha glorificado el eterno descanso de esos bravos paladines inmolados al generoso impulso de su fe patriótica, en esta emocionante ceremonia, que simboliza la ascensión de sus espíritus al cielo de la inmortalidad, con el fulgor resplandeciente de los astros en medio de la majestuosa oscuridad de la noche. Sus nombres quedarán indeleblemente grabados en el severo túmulo que el País reconocido levantará a su memoria y **en el que una flama perenne arderá en su honor;** tabernáculo ante el cual desfilarán las generaciones presentes y futuras, para inspirarse con el ejemplo de quienes han señalado el camino a seguir cuando la Patria lo demande, ofrendando sus vidas en las cálidas tierras del Norte y en las bravías selvas de nuestra amazonía.

También me uno, con fervido aplauso, al homenaje que se rinde a nuestras Fuerzas Armadas de tierra, mar y aire, que han cumplido su honrosa misión y a las que, en estos instantes, el pueblo peruano tributa sus vítores que resuenan en las llanuras de nuestra costa, en los valles enclavados en nuestras serranías, en las cumbres majestuosas de las cordilleras y en los bosques inmensos y ríos caudalosos de nuestro Oriente; vítores que quiero que lleguen a los Comandos, a los Jefes, Oficiales y soldados de todas las armas, que desde el litoral del Pacífico hasta nuestra Montaña septentrional se hallan atentos al requerimiento que pudiese formularles la seguridad de la Nación. A todos ellos en-

vío mi cálido saludo como Jefe Supremo y como camarada, que en todo momento, he compartido sus desvelos y apreciado el espíritu con que sobrellevan las fatigas de la campaña, con el corazón y el pensamiento puestos exclusivamente en el amor a la Patria y en el deber de servirla, estas dos grandes fuerzas espirituales que conducen a los Ejércitos por los luminosos caminos del honor y de la gloria.

El Gobierno velará por los hogares que sufren la ausencia eterna de aquellos a quienes el Destino tenía elegidos para ser incorporados a la mansión de los héroes, así como también otorgará las recompensas a que se han hecho acreedores los que se han distinguido en la Campaña.

En cuanto a mi acción de Gobierno se refiere, recibo, con emocionado reconocimiento, este grandioso testimonio de adhesión que mis conciudadanos han querido ofrecirme por la forma como me ha cabido la altísima satisfacción patriótica de orientar nuestra política internacional y de organizar y dirigir la defensa de nuestra soberanía, hasta alcanzar el éxito, como respuesta ineludible al audaz desconocimiento de nuestros derechos.

Habría sido para mi halagador, al asumir las delicadas funciones de la Primera Magistratura del Estado, encontrar de parte de la vecina nación del norte, un sincero espíritu de comprensión, porque tal actitud hubiese correspondido a mis leales anhelos de Panamericanismo, inspirados en nuestras honrosas e invariables tradiciones y en el elevado concepto de mi responsabilidad como Gobernante.

Pero la realidad me reservó dolorosa decepción, y día a día fui apreciando la imposibilidad de que prosperasen los sanos propósitos que alimentaba mi espíritu, ya que el Ecuador había convertido en supremo objetivo de su política la ambición incomprensible sobre las extensas provincias peruanas de Tumbes, Jaén y Maynas.

Cumpliendo con mi deber y dándome cuenta exacta de que mis esfuerzos pacifistas eran motivo de mayor agresividad, me impuse el imperativo de adoptar, con oportunidad y previsión, todas las medidas indispensables, y, en especial, las de orden militar para poner a la Nación a cubierto de graves sorpresas.

Los hechos vinieron a justificar, plenamente las precauciones que hube de tomar en resguardo de la intangibilidad de nuestro suelo; pues, como todos sabéis, en los primeros días del mes

de julio último, las fuerzas ecuatorianas atacaron nuestros puestos del río Zarumilla, limitándose las guarniciones peruanas a rechazar tan incalificable atentado.

Y pocos días después, con intolerable contumacia, renovaron el ataque, tanto en la frontera Norte, como en la del Oriente. Entonces nuestras fuerzas procedieron no sólo a repeler la agresión, sino también, a desalojar a las tropas invasoras de sus bases de operaciones, infligiéndoles aplastante y definitiva derrota y continuando su persecución, hasta el momento en que la cesación de las hostilidades, aceptada hidalgamente por el Gobierno Peruano, el 31 del mismo mes de julio, puso término al arrollador avance de nuestras armas, cuyo brillo jamás empañó ni la injusticia ni el deshonor.

De este modo, el Gobierno no solo ha conjurado los peligros que se cernían sobre la República, sino también los que amenazaban la armonía continental, indispensable para la realización de los altos fines de la defensa de nuestras instituciones democráticas y de nuestra propia vida independiente; y es, con verdadera convicción patriótica y con un elevado sentido americanista, que puedo decir que, al hacer respetar los incontrovertibles derechos del Perú, hemos prestado un servicio a la causa de la paz de este Hemisferio.

Es ésta una ocasión solemne y memorable de decir a la faz de nuestro pueblo y ante los pueblos de América, que el Perú, no obstante haber tenido que recurrir a las armas para la defensa sagrada de su territorio, mantiene su adhesión tradicional e inquebrantable a los ideales de fraternidad y de paz que rigen la vida americana. El Perú tiene una limpia página internacional en la Historia de América. Desde el albor de nuestra vida independiente, prestamos nuestro concurso a todas las iniciativas en pró de la solidaridad continental y para el arreglo pacífico y justo de todas las controversias. Hicimos del rechazo de la fuerza y de la proscripción de la conquista el dogma más ferviente de nuestro credo humano e internacional.

América puede, pues, estar segura de nosotros en este momento de duda y de confusión sombría de valores. América sabe, porque lo acredita una historia de caballerosidad sin recelos ni claudicaciones, que el Perú no tuvo jamás la codicia de los espacios ajenos y que no perturbó nunca la paz del Continente por una ambición de hegemonía o de fuerza. El Perú solucionó todos sus diferendos con los pueblos vecinos por procedimientos pacífi-

cos. Es por esto que podemos erguirnos ante nuestro adversario con la frente alta y la conciencia libre de responsabilidad. América puede contar con que el pueblo que procedió con dignidad en la paz, sabrá mantenerse con honor en el triunfo, y que nuestro Continente de Libertad y de Democracia no podrá ensombrecerse jamás por obra del Perú con la amenaza de una guerra de conquista.

Como ^{Presidente} del Perú puedo decir que estoy orgulloso no sólo del valor de nuestros soldados, sino de la humanidad y nobleza con que se han comportado en las poblaciones ocupadas, despertando la gratitud y admiración de los extraños y de los mismos adversarios. La generosidad e hidalguía en la lucha que distinguió a todos nuestros héroes se han revelado nuevamente demostrando que no mueren las grandes virtudes de nuestro pueblo.

Hemos rechazado la agresión del Ecuador, después de haber exigido de éste inútilmente el recurso a procedimientos pacíficos, que rehuyó en todo momento, demostrando su voluntad de prolongar el conflicto, en la actitud ofensiva de su prensa y de sus órganos de opinión, con la negativa a las fórmulas diplomáticas que le propusimos y con la provocación constante a nuestras posiciones territoriales. Nuestra paciencia tuvo un límite que el Ecuador ya conoce. Hemos luchado únicamente por el Derecho y permaneceremos dentro de él. No pedimos ni necesitamos una sola pulgada de territorio ecuatoriano, pero exigimos, de una vez por todas, que el Ecuador respete la soberanía intangible de nuestras provincias y poblaciones que integran el Perú, desde que éste se constituyó como pueblo libre y soberano. Es hora ya de que el Ecuador abandone la absurda pretensión de territorios que nunca le pertenecieron y cuya área es dos veces superior a su propia extensión, para sujetarse no sólo a los deberes del orden americano y de la compostura internacional, sino también a los más imperiosos de la realidad, de la lógica y del sentido común. Comprometen por esto, tristemente, la paz americana y la tranquilidad futura de América los ecuatorianos que alientan a su pueblo para que siga reclamando territorios de un vecino generoso que tiene en sus manos, como lo ha comprobado hoy, el poder necesario para derribar, de un solo golpe, todo el tinglado artificioso de las demandas de ese país.

El deber del Perú y el del Ecuador se hallan claramente definidos por los últimos acontecimientos. Es inadmisibles que las ambiciones temerarias de ese pueblo continúen amparándose en su debilidad y en sus falsas invocaciones de injusticia. La paz verdadera de América no puede consistir sino en el reconocimiento de los derechos de todos, en la lealtad a los compromisos internacio-

nales, en el decoro de las palabras y de actitudes, en el respeto de la personalidad internacional, y, sobre todo, en el mantenimiento del mensaje irrevocable que nos legaron los Libertadores al emancipar nuestros pueblos, al fijar nuestras fronteras y al enarbolar, para que flotaran sobre ellas, como señales de paz y de fraternidad, los símbolos intangibles de nuestras banderas.

Formulo los más sinceros votos porque el pueblo ecuatoriano medite serenamente sobre su errónea y funesta actitud de pretender edificar el porvenir de su Patria a expensas de la pretendida usurpación del suelo peruano, alejándose de los caminos de su propio bienestar, alucinado por influencias y propaganda dirigidas a envenenar su espíritu con el odio a un pueblo hermano, cuya amistad podría ser fecunda en beneficios para ambos pueblos y para todo el Continente.

En nombre de mi Patria, de los intereses de América y de los del propio pueblo ecuatoriano, hago un llamamiento a su buen sentido para que inicie esa sana orientación de buena voluntad, correspondiendo a los nobles anhelos del pueblo peruano, cuya más honda aspiración es que reine en el Continente una atmósfera de solidaridad y de concordia, a la sombra de la cual podemos trabajar unidos y cumplir los fines de la defensa de la gran familia democrática formada por los países libres del Nuevo Mundo.

**DECRETO POR EL QUE SE MANDA ERIGIR UN MONUMENTO
CONMEMORATIVO DE LA EXPEDICION PERUANA
DESCUBRIDORA DEL RIO AMAZONAS**

MINISTERIO DE MARINA

Decreto Supremo.

El Presidente de la República,

Considerando:

Que el deber del Estado es enaltecer las grandes hazañas de la Historia Patria, que han contribuido a afirmar la unidad física y espiritual de nuestra nacionalidad;

Que entre ellas figura la del descubrimiento del río Amazonas, expedición organizada y financiada en el Cuzco, en 1540, por el Gobernador del Perú, don Francisco Pizarro, y llevada a cabo por su hermano Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana; descubrimiento que significa la incorporación de la región amazónica a la peruanidad, reafirmada a lo largo de más de cuatrocientos años en las diversas etapas de nuestra historia;

Que el Perú no sólo descubrió el gran río, sino que ha venido realizando una constante y valiosa obra de colonización civilizadora en la Amazonía, a través de misioneros, exploradores, geógrafos, soldados y marinos, y de la acción permanente de sus organismos políticos y administrativos;

Que definida la Soberanía del Perú, que es una, indivisible e inviolable por su constitución inicial, basada en la realidad geográfica y la voluntad irrevocable de los pueblos que lo constituyeron en el momento de su Emancipación, lo que da trascendencia jurídica internacional al respecto de la personalidad proclamada por diversas Conferencias Internacionales Americanas, particularmente por la de 1938 que la incorporó a la Declaración de Lima;

Que al constituirse nuestro país como República independiente, la Comandancia General de Maynas, distrito político de la Amazonía Peruana, juró la independencia nacional y expresó desde entonces, su inquebrantable resolución de mantenerse fiel al Perú;

Que de acuerdo con el decreto supremo del 31 de mayo de 1941, se instituyó como año amazónico el de 1942, durante el cual se realizaron importantes actos conmemorativos del Cuarto Centenario del célebre descubrimiento del Amazonas y a cuya ceremonia central que tuvo lugar el 12 de febrero del mismo año, diversos Gobiernos extranjeros se hicieron representar y muy especialmente el de la Madre Patria, asociándose, de este modo, al solemne homenaje que la peruanidad rindió a esta Efemérides;

Que ese mismo año, quedó definitivamente reconocida y consolidada la delimitación geográfica de nuestro territorio mediante el Protocolo de Río de Janeiro, instrumento jurídico internacional que asegura la paz del Continente Americano, suscrito el 29 de enero de 1942, y fecha que ha sido instituida Día de la Peruanidad por Decreto Supremo de 26 de enero de 1943.

Que en el pueblo Francisco de Orellana, situado en la desembocadura del río Napo se levanta el Obelisco conmemorativo del Cuarto Centenario del Descubrimiento del Amazonas y hasta donde llevó su homenaje el Presidente de la República, en su jira al Nor-Oriente Peruano, en setiembre de 1943;

DECRETA:

1.—Erijase en la ciudad del Cuzco un monumento conmemorativo de la expedición peruana descubridora del río Amazonas, que por iniciativa del Gobernador del Perú, don Francisco Pizarro, partió de esa ciudad el año de 1540.

2.— Inaugúrese dicho monumento el 12 de febrero próximo, Día de la Amazonía Peruana y fecha en que la expedición salida del Cuzco, logró llegar al Amazonas.

3.—El Ministerio de Marina queda encargado del cumplimiento del presente Decreto.

Dado en la Casa de Gobierno, en Lima, a los ocho días del mes de octubre de mil novecientos sesenta.

MANUEL PRADO

GUILLERMO TIRADO LAMB
